

# El Ruedo



2  
Plas

Calderon





Antonio Montes



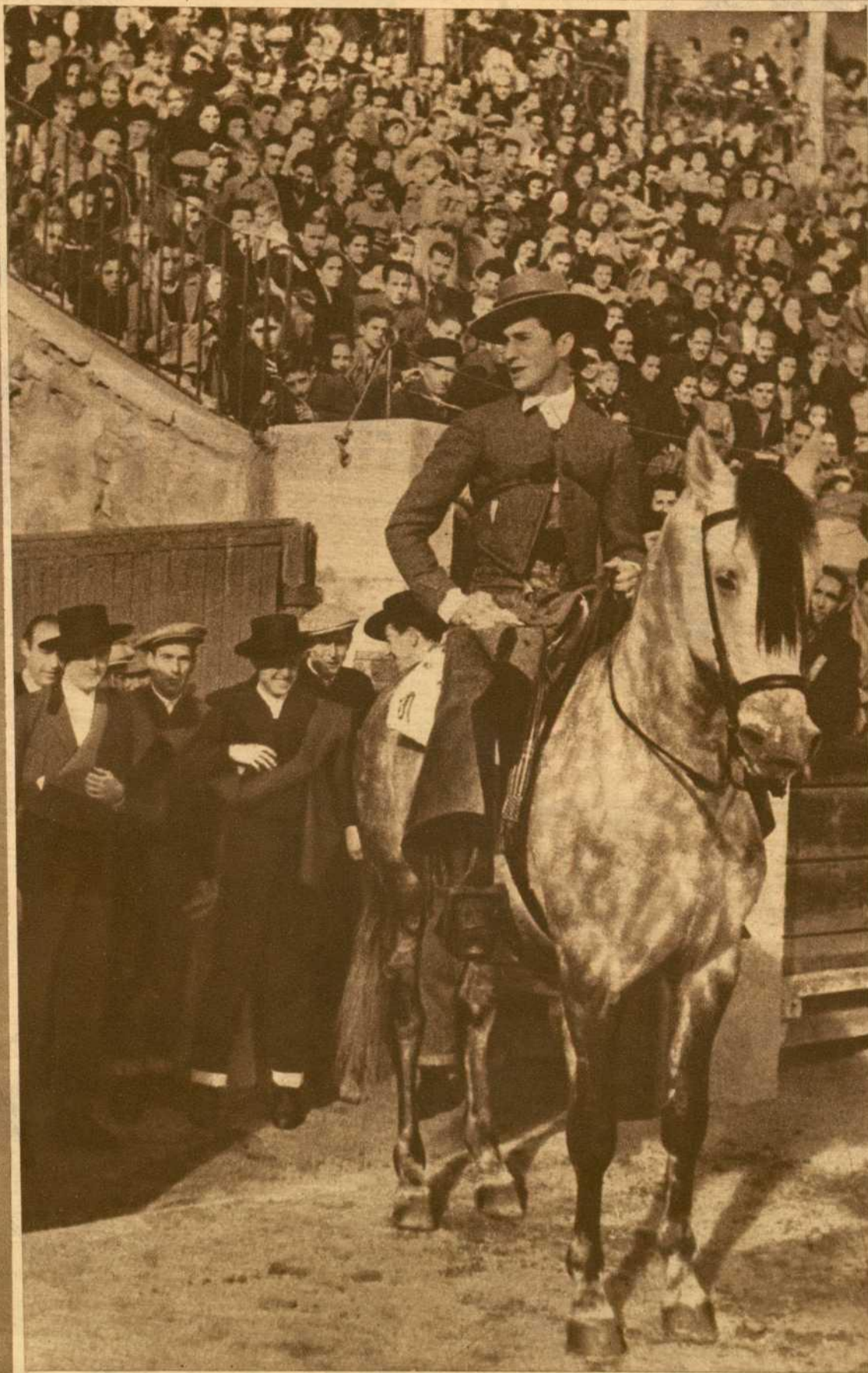


# El Ruedo

Semanario gráfico de los toros

FUNDADO POR MANUEL FERNANDEZ CUESTA

Año III - Madrid, 5 de diciembre de 1946 - N.º 128



**L**UIS Miguel Dominguín, rejoneador. Esto es: Luis Miguel Dominguín o la afición. Afición al toro, afición al caballo y al campo, afición a cultivar toda la amplia gama del toreo, y no centrarlo solamente en unos cuantos lances de capa o en unos pocos pases de muleta. La corrida no empieza a las cuatro o a las cinco "en punto". La corrida comienza antes: en los pastos, donde los toros adquieren coraje; en el derribo y en la tiente, en todas esas fiestas camperas, donde los toreros que aman el oficio por el oficio mismo, aprenden a conocer las características de las reses bravas, para luego, cuando se está en la Plaza en plena responsabilidad, no tener que andar preguntando por entre barreras.

Aquí aparece Luis Miguel Dominguín dispuesto a hacer el paseo en el festival que todas los años organiza la Fábrica Nacional de Armas de Toledo. Va al frente de un grupo de toreros jóvenes, con ilusiones y con clase: Parrita, Luis Mata, Juanito Bienvenida, Paquito Muñoz... Y sale no "a cumplir", sino a intentarlo todo, a practicar todas las suertes de la lidia para pretender curarla de esa monotonía eminente en que se estaba colocando.

Mas, probablemente sin pensarlo, Luis Miguel plantea un problema importante. Si los otros toreros jóvenes de esta época, con su entusiasmo y su afán de llegar, se contagian de ese optimismo y se hacen todos rejoneadores, ¿no cambiará radicalmente el panorama de la fiesta? Ellos, como "Juan Palomo", se lo van a guisar y se lo van a comer. ¿Tendremos que seguir analizando, según eso, el problema de las puyas? Porque si los matadores de toros lidian a caballo y a pie, quebrantan al toro con los rejones, ponen banderillas y, más tarde, torear de muleta y matan, ¿no se habrá producido la verdadera revolución taurina?

Por lo pronto, parodiando una frase famosa, y reduciendo lógicamente su proporción a un comentario sin trascendencia, Luis Miguel Dominguín pudiera decir:

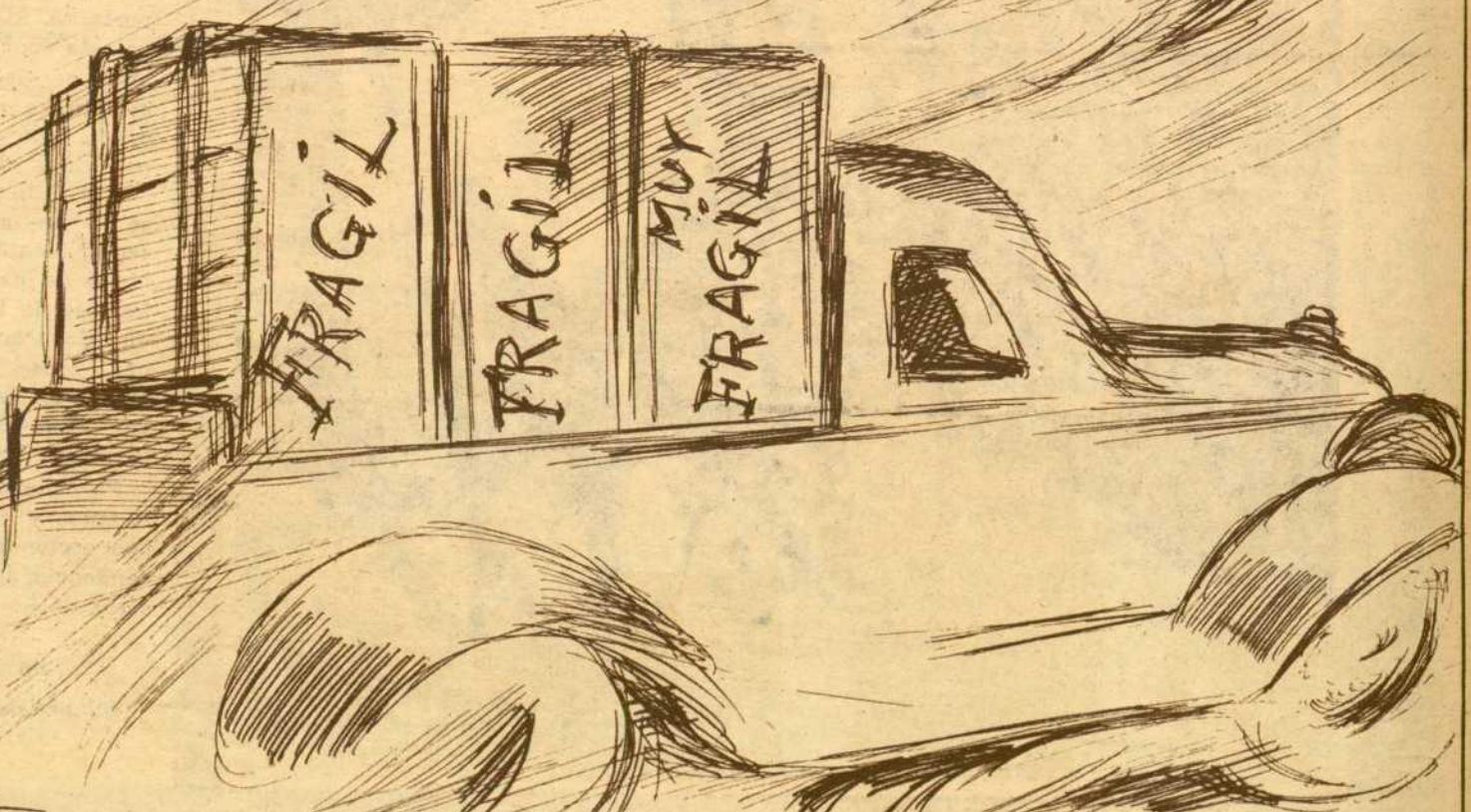
"... Se va ensanchando el toreo delante de mi caballo..."



# AYER Y HOY

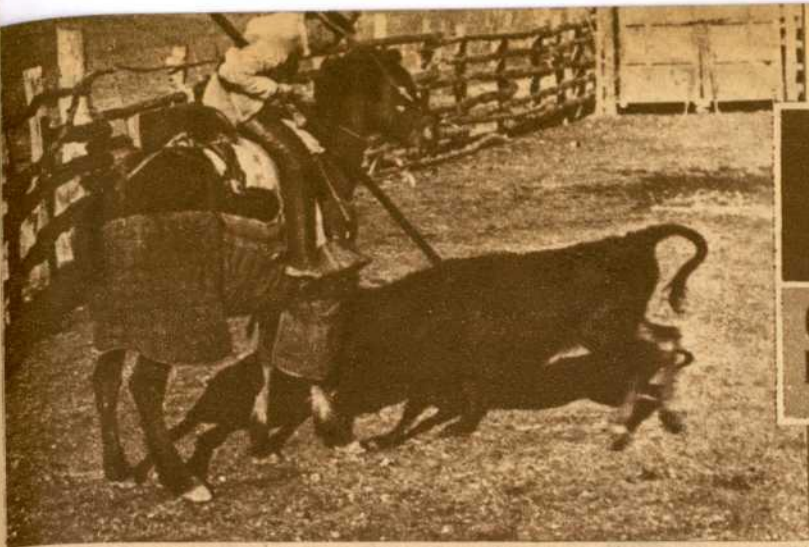
## "EL ENCIERRO"

Por ANTONIO CASERO



ANTONIO CASERO





# SE HA CELEBRADO EN SEVILLA LA PRIMERA TIENTA DEL AÑO

**CARLOS ARRUZA, VITO y PAQUITO BRU dirigieron la lidia de las becerras de Pérez de la Concha**

EN la finca «La vuelta del cojo», en la Isla Mayor, en las cercanías de Puebla del Río, han celebrado los hermanos don Joaquín y don Enrique Pérez de la Concha, la primera tiesta de becerras de este invierno. Asistieron a ella los matadores de toros Vito y Carlos Arruza y el novillero sevillano Paquito Brú. La tiesta fué animadísima y cerca de catorce becerras y vacas fueron tentadas durante una tarde torerísima que ha inaugurado las faenas invernales de Sevilla.

Conversamos detenidamente con don Joaquín Pérez de la Concha, mientras que su pluma iba anotando en las fichas de las reses las varas recibidas y las características de cada una de ellas.

—Esta ganadería —nos dijo— fué fundada en 1819 por nuestro bisabuelo don Joaquín Pérez de la Concha y Sierra. De ahí nuestro hierro: una «C», y dentro de ella una «a», primera y última letra de Concha. Se hizo a base de reses de las «Niñas Pérez», famosa ganadería por entonces; otras del célebre «tío Curro Blanco», de Gelves, y algunas más de Picavea de Lesaca...

—¿Cuándo fué la presentación en Sevilla?

—En junio de 1843. En el año 44 perdonaron la vida, por su bravura, al toro de nuestra ganadería Carasucia, jugado en la Plaza de Cádiz.

Nos habla don Joaquín de la historia de la casa. En el año 1861 pasó a don Joaquín P. de la Concha, sobrino del fundador; el año 1899, a don Tomás; en 1923 a don Joaquín y don Enrique, sus actuales propietarios.

Dejamos unos instantes la charla. Paquito Brú, que alterna con Arruza, está haciendo una finísima faena de muleta. Tienen incluso más sabor que en la Plaza estos pases: naturales, redondos, por bajo, dados aquí, bajo esta tarde clara y alegre del campo, que tan exactamente refleja el toreo de Paquito Brú.

—¡Qué finamente torea este muchacho!—nos dice el ganadero.

Una becerra ha recargado ya diez veces y la voz de don Joaquín cruza hacia los toreros:

—Dejarla ya. ¡A torearla!

Y Carlos Arruza y Vito la envuelven en sus muletas, habilidosamente. Luego se abre el portalón de la empalizada y la becerra, al paso, calladamente, se dirige a la camada, al campo, donde quién sabe

si se comunican, como en «Cartucherita», sus impresiones de la lidia...

Volvemos a la charla. El campo y las horas —que son muchas— perdidas entre el incómodo viaje a que obliga la desagradable excursión hasta haber llegado a la finca —esta vez había fracasado Manolo Alonso en sus modos de hacer las cosas—, han levantado en todos los asistentes una depresión de fuerzas que don Enrique resuelve suspendiendo la lidia y llevándonos a la casa, donde nos espera la merienda, campera y grata.

—Entre los toros famosos de nuestra casa, puede mencionar al célebre Barrabás, que en la tarde del 1 de junio de 1857 vació, de una cornada, el ojo derecho al famoso señor Manuel Domínguez, Desperdicios... Ocho toros nuestros mataron treinta y dos caballos el 22 de septiembre de 1862, en Madrid, ante la presencia de Isabel II...

En la casa prosigue la animada charla de Carlos Arruza con Paquito Brú. Comentan los mil pequeños incidentes de la lidia. Nosotros hablamos a Manolo Alonso de sus injustificables debilidades por los tranvías de la Puebla. Verdaderamente es vivir atrasado en estos tiempos. Menos mal —le decíamos— que la merienda ha sido reparadora. Cuando aguardábamos en «Los llorones» el momento de ir a la «Vuelta del cojo», vimos cruzar esos carros lentos, apacibles, desvencijados, de cortinas agujereadas y sucias, pero con mucha más personalidad que los tranvías, donde viven y viajan los nómadas húngaros de los circos ambulantes. Y nos hicimos ante Alonso y don Enrique Pérez de la Concha el firme propósito de quedarnos, otra vez, frente a estos húngaros, donde el sueño profundo de sus ojos y sus vidas cruzadas de viajes, son una fuerte tentación para el diálogo... ¿Se imaginan ustedes a Carlos Arruza en un anciano y renqueante tranvía, camino de una tiesta?

Ha caído la tarde.

—Esta luz compensa de todo—dice Arenas.

Y con el recuerdo de la faena de muleta y los quites de Paquito Brú a sus becerras, emprendemos el viaje a Sevilla, bajo esta noche clara. Paquito, a nuestro lado, nos habla de una novela de Somerset Maugham y nos dice:

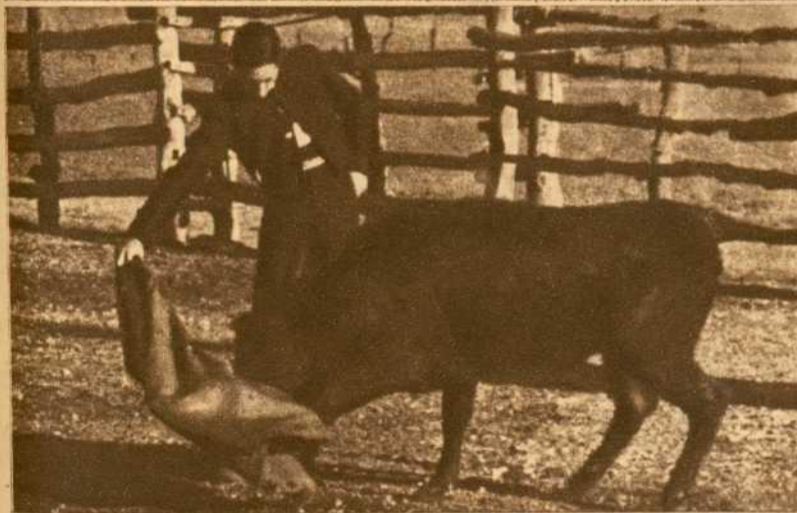
—Aprendamos disciplina en Philip Carey.

**LUIS DE BARJA**

La becerra ha entrado al piquero y recarga. Empiezan en la ficha las primeras anotaciones optimistas...



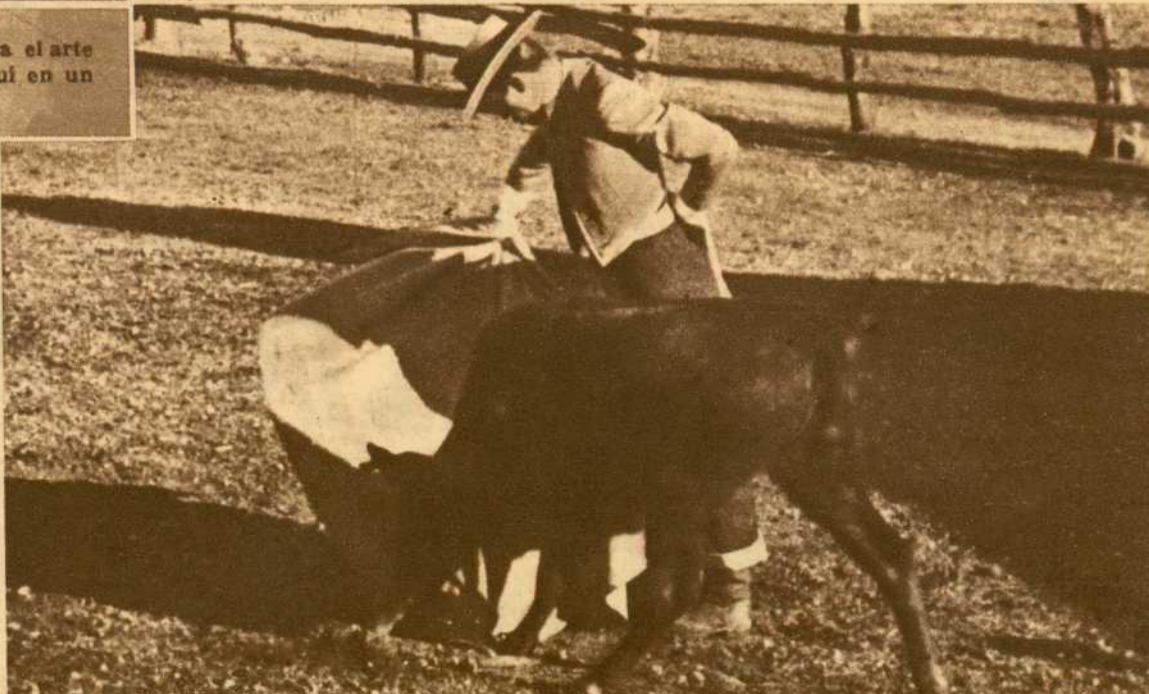
Paquito Bru, a cuyo cargo estuvieron los momentos de más brillante lidia de la fiesta, espera, junto a Arruza, la salida de la becerra en que alternarán en los quites...



El toreo práctico de la tiesta deja ocasión a veces para el arte sevillano. Paquito Bru fué la figura de la tarde. He lo aquí en un derechazo lleno de suavidad...



Los hermanos Concha, con nuestro colaborador Paco Montero y el novillero sevillano Paquito Bru

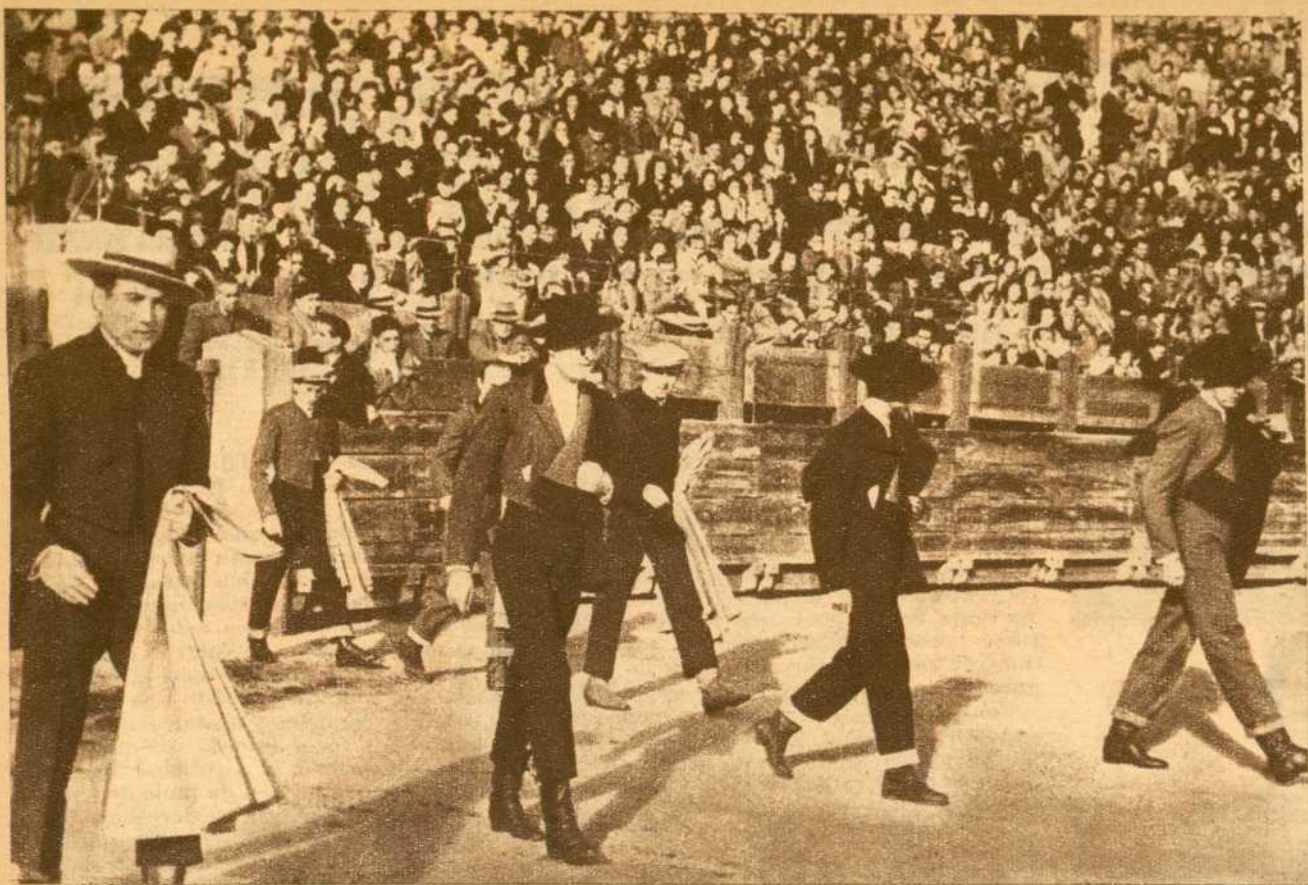


Vito en un quite de frente por detrás. También esta becerra dió buen juego...

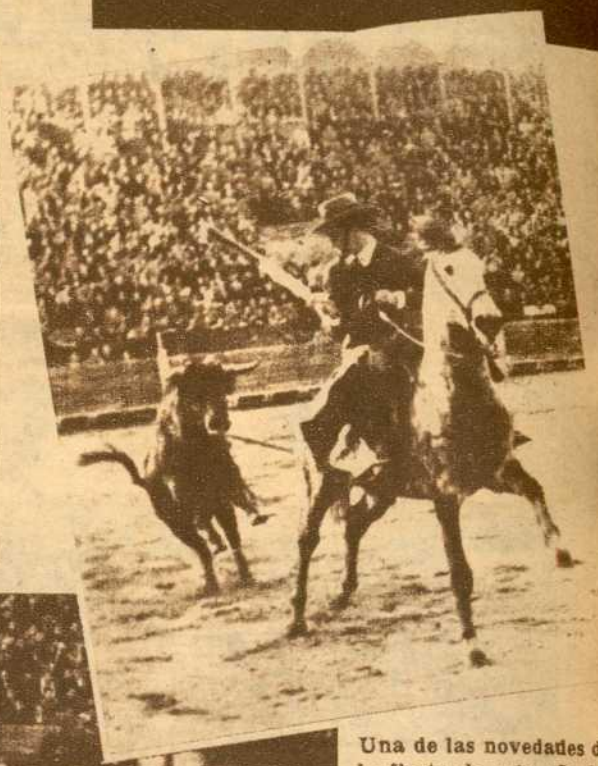


# SANTA BARBARA

## El festival de la Fábrica



El festival taurino que cada año organiza la Fábrica Nacional de Armas de Toledo, en homenaje a su Patrona, Santa Bárbara, va adquiriendo tradición e importancia. Lo que empezó siendo la clásica «encerrona», en que los propios «fabricantes» se improvisaban toreros, se ha convertido en una reunión de principales figuras del toreo. ¿Por qué no pensar que, aun en el mes de diciembre, se llegue a organizar una corrida en serio «con todo»? No le faltan alientos, ciertamente, al coronel de la Fábrica, señor Más del Rívero. La Plaza está llena y salen las cuadrillas



Una de las novedades de la fiesta de este año ha consistido en que Luis Miguel Dominguín ha rejoneado al novillo que luego mató a pie. El madrileño torea ágilmente en el caballo



Bien herido el novillo, Parrita le acaricia mientras el animal da una vuelta al ruedo buscando las tablas para echarse

Paquito Muñoz da un susto a la concurrencia, al ser arrollado cuando toreaba de capa



Luis Mata, el valeroso matador aragonés, pasa de muleta al novillo que le corre: ondió...

... y por su acertada actuación, es ovacionado y da la vuelta al ruedo



Pero no ha sido, afortunadamente, más que el susto. Con la muleta se estira y deja llegar al novillo sin dar el paso atrás ni perder terreno



Invitado por Luis Miguel Dominguín el duque de Pinohermoso, que asistía al festival como espectador, salta al redondel...

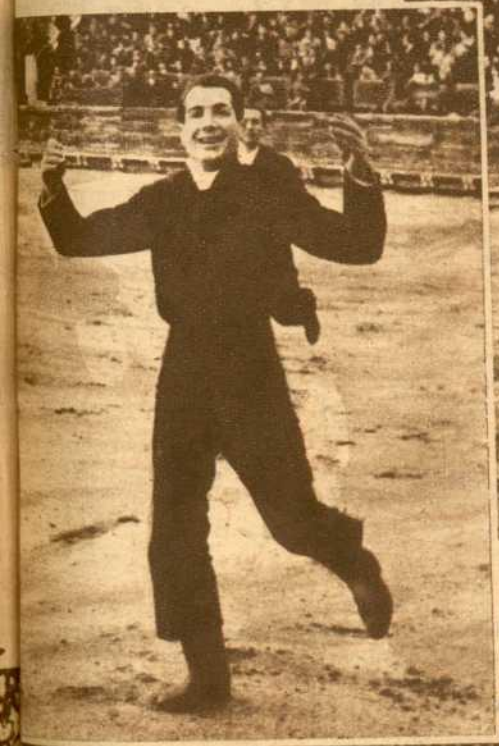


Patrona de la Artillería  
ca de Armas de Toledo



Otro de los matadores fué Parrita, que ya se ve que está decidido a seguir practicando el tan discutido pase mirando al tendido

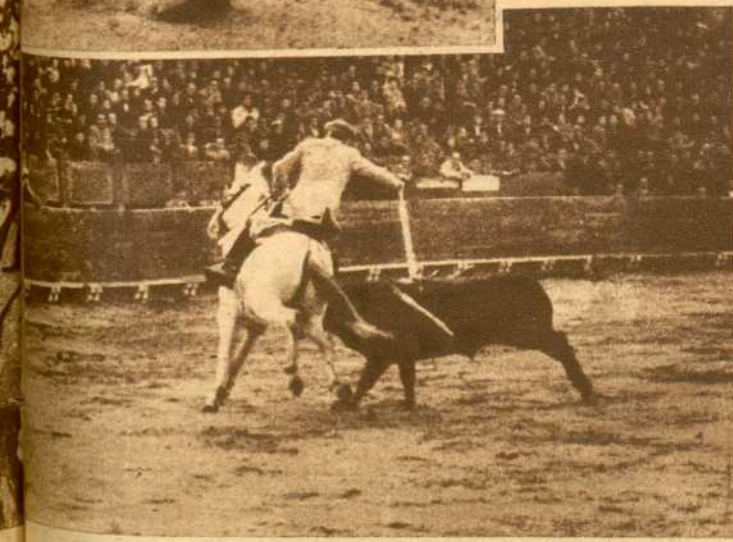
... y clava un par de banderillas en lo alto



Juanito Bienvenida ameniza la lidia de su novillo banderilleando con facilidad. Aguantó bien la arrancada; y levantando bien los brazos y con los palos muy reunidos, se dispone a clavar



Ahora, Juanito Bienvenida torea de muleta con los pies juntos

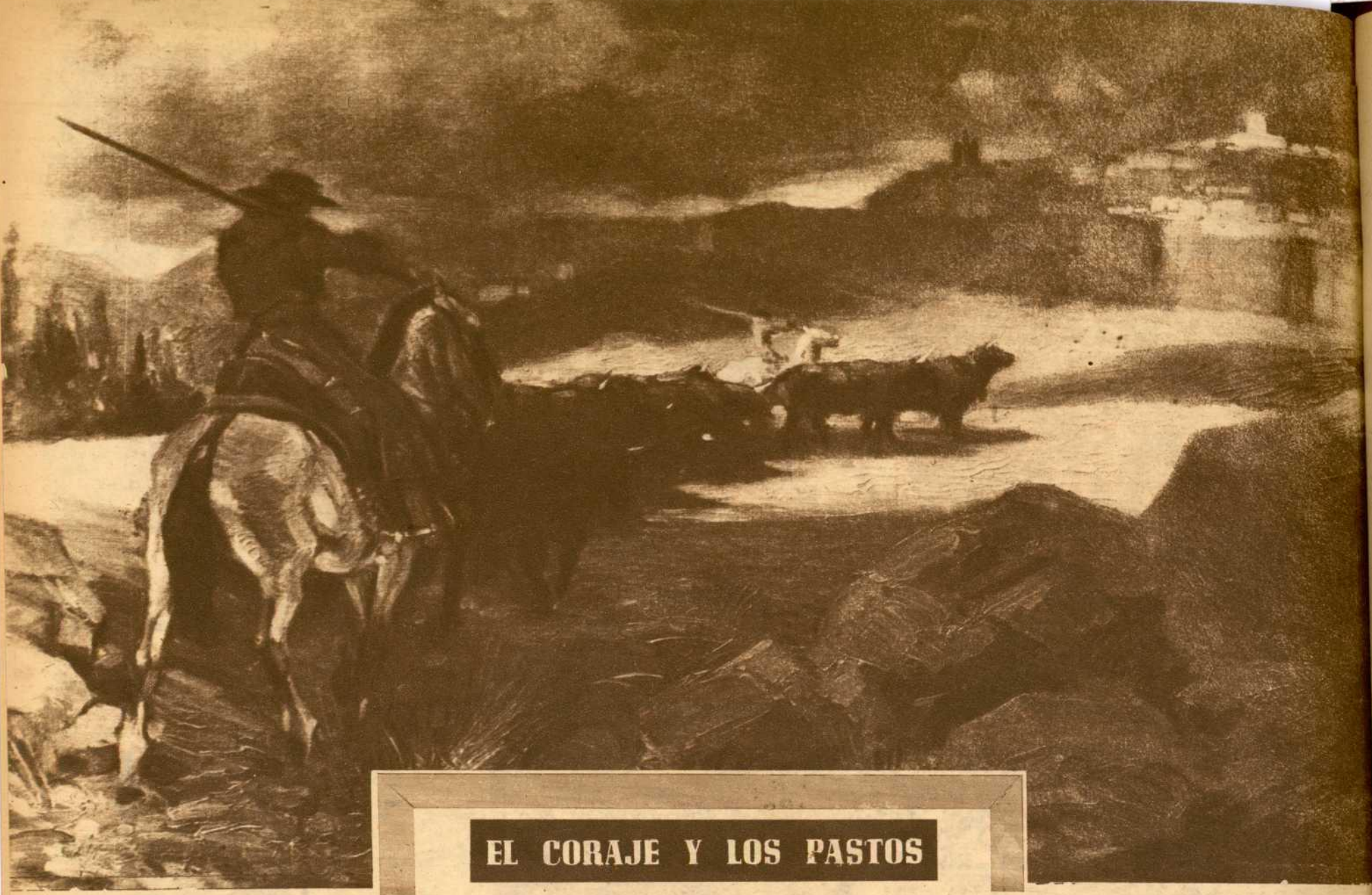


... y deja un buen par de banderillas

A las presidentas las acompañan el coronel señor Más del Rivero y Nicanor Villalta, que actuó de asesor (Fots. Zarco)







## EL CORAJE Y LOS PASTOS

# LA MARISMA,

## escuela de toreros

EL secreto está en los pastos, amigo.

—¿Ah, sí?

—Sí, señor. Usted —es un suponé— muerde esta hierba y se güerve más valiente que el Cí. Es lo mesmito que si bebiere pórvora.

Hice un gesto de extrañeza.

—Ni ná, ni ná. Esto no se ha escrito en ningún libro, pero es la fija. Y terminó con solemnidad:

—Los pastos de la marisma son el sudó de la tierra: su coraje.

Y el viejo cortijero dió con su chivata en la verde melena de hierba, y repitió:

—¡Estos pastos!... Se le pegan al toro en los «reaños» y es capaz de volcar un tren.

El campesino, ya anciano, tenía los tufos blancos, vestía jerezana con coderas y zahones de labrada ataujía. Sus ojos eran brillantes y estaban arropados por unas largas cejas que se acariciaba como si fuera el bigote.

Era gracioso sin darse cuenta. Al hablar hacía muchos guiños y jeribeques. Cuando hablaba de toros se hacía de noche. No sabía cuándo terminar.

—«Eso» y una «cañiya de Sanlúca» es lo mejón der mundo.

Y chascaba la lengua como si se comiera un dulce.

—En la marisma del Guadalquiví, el toro es la representación de la fuerza y del poderío. Cuando asoma el bicho la cabeza en un matorral, tó se yena de való.

—¿Cómo no ha sido usted torero?— pregunté al viejo poniendo un dejo cariñoso en mis palabras.

—Eso es ya otro cantar —me respondió—. El toro ha sío el compañero de tóa mi vida. De chava he retozao en el «cerraos» con los años, y cuando era así de chiquiyo me metía entre las patas de los bichos como un «expurga bueyes».

—Eran otros tiempos en la marisma, abuelo.

—Entonces había camisas con chorreras, pantalón ajustao al lomo, buenos estilos y posturas serranas. Los mozos llevaban sombrero de alcuza, y las hembras, «roete»...

—También lo llevan ahora las damas — interrumpí.

—Pero es postizo. Y no se llama «roete», sino

pináculo. ¡Vágame San Isidoro, Patón de Viyamartín! Tenemos lo extranjero metío hasta los güesos. ¡Aqueyas matas de p. lo que barrián la caye! ¡Aqueyos «roetes», que pa verlos bien tenía usted que estar dando vueltas a su alrededor tres días!

—Todo cambia.

—Sí, señor. Tó cambia. La marisma —el solar de los toros bravos— se ha yenido de máquinas y de gente.

—Pero hay más dinero.

—Es verdá. En mis tiempos, el que veía una peseta se queaba embobao mirándola como si fuera un lucero. Hoy, cualquier mozo —el más panfli y zurrupio— saca de su blusilla un «pápiro de los gordos» pa pagar una botella de Moriles o una ronda de cazalla. Antes, cualquier zagal: te albiyo se fumaba, de higos a brevas, un miserable «prajandí», y hoy tira de petaca y saca un «faria»... En lo que no ha cambiao la marisma es en una cosa.

—¿Cuál?

—En que sigue siendo la escuela de los toreros. ¿No lo sabía usted?

—No.

—Pues si no hubiera restricciones, le diría que es como esta lí. Aquí, los chavaes que tienen afición vienen a prácticá. ¡Y que no es grande la escuela! Tó la matisma. ¿Me oye usted?

—Sí, señor.

—Porque eso de aprendé a toreá con una cabeza de mimbre, o con dos cuernos de buey pegaos a una tabla, es cosa de niños esaboríos, o de señoritos que creen que es una hazaña portentosa comerse un guiso de caracoles en la taberna de Currito. ¿Tengo o no tengo razón?

—Mucha.

—No, mucha, no. ¡Muncha! ¡Una jartá! Eso no es toreao. Eso son posturitas, flinflanés, tonterías,

requilorios... Pa luego ponerse en una esquina, entorná los ojos y llevarse una mano al cuadril haciendo la jarrita, pa desirle bajito a un amigo cuando pasa una chavaía de tronío:

*Digale usted a esa mujé que güerva p'acá la cara, que la quiero conosé.*

Aprendé, lo que se dise aprendé a toreá, eso se hace en esta escuela, junto a un toro negro, de los que se «ajogan» con el calor. Y de noche.

—¿De noche?

—Y sin luna.

—Pero, ¿no vigilan las pjaras de toros?

—Sí, señor. De noche van de un lao pa otro los caballistas; pero los zagales se esconden en la maleza, y cuando pasan los vigilantes con sus garrochas al hombro, como los soldaos de Flandes con sus picas, entonces los torerillos se quitan la blusa y ¡jú, toro!...

—Hace falta valor.

—Así han aprendío a toreá en la marisma los grandes toreros.

—¿Y no hay desgracias?

—Las ha habío y las habrá. El toro clava el cuerno en la sombra y a veces saca clavao en un pitón a un chiquiyo arrugao como un trapo, al que tira por lo alto como hacían antes con los peleles cuando había Carnaval. A muchos «aprendices de torero» los han lastimao los toros, y se han curao como Dios ha querío.

—Es una escuela dura...

—¡Durísima! Pero en esta escuela taurina de la marisma se forjan... ¿He dicho se forjan?

—Sí, señor.

—Usted disimule. Es que uno habla también con inglés y se pegan esas palabras raras. ¿Cuándo han hablao en la marisma los jayanes como ahora? ¡Cómo se nos ha pegao lo exterior! Pues sí, mi amigo, aquí se hacen esos toreros que son luego un pasmo en las Plazas. Metiéndose en los «cerraos» y toreando mórlicos con unos pitones más largos que los últimos días del mes. Son chiquiyos de Triana, de San Bernardo, de la Alameda... Unos chavaes de ná, ¡pero con un való!

JULIO ROMANO

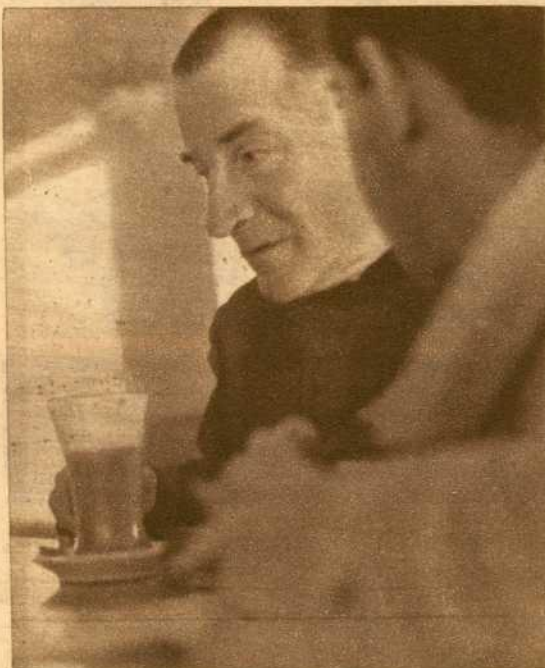


## VIEJAS LEYENDAS QUE SE LLEVA EL TIEMPO...

«Los toreros no son supersticiosos...;  
son profundamente religiosos»

«Yo he asistido a escenas conmovedoras y de una ejemplaridad sin par»

Una charla con don Mariano García,  
capellán de la Plaza de Toros de Madrid



Una pequeña pausa, que respeta el periodista. El sacerdote, un momento antes, nos había relatado algunas escenas conmovedoras, que prueban la acendrada religiosidad de los toreros. (Fotos Zarco).

—Usted me pregunta..., y yo le contestaré a lo que pueda. ¿Le parece?

—El cargo que desempeña usted, padre, ¿es oficial?

—Sí. Este cargo, que es anejo a las funciones de la Parroquia de Nuestra Señora de Covadonga, tiene carácter oficial desde el año 1939.

—Su apostolado entre los toreros, ¿empieza en ese año?

—No. Unos años antes —en el 26—, en la Plaza vieja, empecé esta labor. Por aquel entonces di la Extremaunción al Cuco de Cádiz, que más tarde llegó a sanar.

—En la Monumental, ¿prestó muchas veces sus servicios?

—No. Entre los que recuerdo, está el infortunado Pascual Márquez, que murió muy bien. En el Sanatorio de Toreros también asistí al banderillero Rabadán. Pero quiero señalar que en éstos y otros toreros encontré siempre todas las facilidades, y que la preparación de todos ellos fué de una ejemplaridad —y de esto sé yo algo— dignísima y conmovedora.

—¿Asiste usted a todas las corridas de toros?

—Es mi deber.

—¿Qué localidad ocupa en la Plaza?

—Una grada del dos.

—Cuando los toreros son cogidos, ¿baja inmediatamente a la enfermería?

—Inmediatamente. Una vez en la enfermería, esperamos el informe del médico. Si el caso requiere o no nuestros auxilios.

—Después de ver tantas corridas de toros, ¿es usted aficionado a la fiesta?

El «páter» se sonrió levemente y me dijo:

—¿Me permite no opinar?

El periodista pudo pensar entonces que había sido quizá un poco indiscreto.

—De todas las maneras —aclaró—, quiero recor-

dar que la fiesta me gusta, porque es una fiesta muy española.

—Antes de hacer el paseillo los toreros, ¿suelen patentizar su religiosidad?

—Ciertamente ocurre así. Unos momentos antes de hacer el paseillo los toreros entran en la capilla, que está bajo la advocación de la Virgen de la Paloma, y rezan sus oraciones.

—El puesto de usted en la Plaza, ¿es de capellán?

—Sí.

—Ahora, padre, una última pregunta, que me interesa que usted conteste.

—¿Esta pregunta es...?

—¿Los toreros son tan supersticiosos como cree la gente?

—Yo —me dijo lentamente— no he conocido ningún torero supersticioso.

Si algo hacía falta para acabar con el mito, estas palabras destruyen de una manera rotunda una leyenda que ya estábamos cansados de escuchar.

Y esto tiene su importancia. Si en la fiesta tantas cosas —como ésta— hubieran entrado en razón, es más que probable que todo marcharía mejor.

Pero todo cambiará poco a poco...

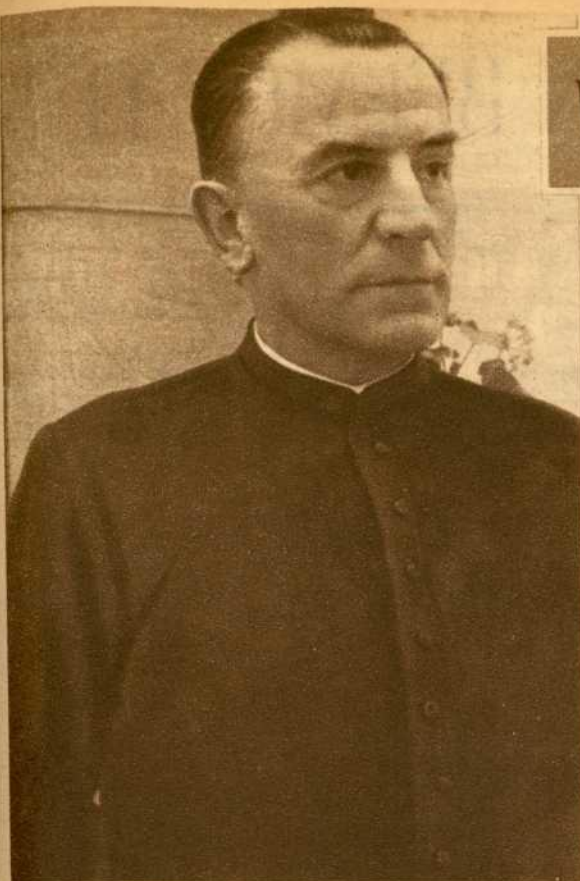
De todas las maneras, entre lo que hemos ganado, tenemos este perfil más humano, más dentro de nosotros mismos.

¿Toreros supersticiosos?

Usted, lector, sin temor a equivocarse, puede decir que ya no hay toreros supersticiosos.

Dentro de muy poco tampoco habrá ya leyenda...

CRUZ ERNESTO FRANQUET



Don Mariano García, capellán de la Plaza de Toros de Madrid

Don Mariano García, buen pastor de almas, es el coadjutor de la Parroquia de Nuestra Señora de Covadonga. Ahí, en la Plaza de Manuel Becerra, el buen «páter» ejerce su apostolado, y un poco más abajo, este apostolado se asienta, se concreta o se define, en una función ya más específica.

Por aquí ya sabemos que el sacerdote don Mariano García es el asesor religioso —más bien el capellán— de la Plaza de Toros de Madrid. ¿Qué representa este cargo? ¿Cuál es su función? ¿Es oficial esta misión?

No tardaremos en saberlo; pero mientras llega la hora de la charla, yo ahora quiero hablaros de los mitos taurinos. Mejor dicho, de ese mito de la superstición de los toreros.

Felizmente —¿verdad que felizmente, don Mariano?— los toreros de hoy no son supersticiosos, por la sencilla razón de que estos toreros han nacido en una época en la que no caben vaguedades, sino realidades. La superstición, para esta promoción de matadores de veintitantos años, no existe. Hoy las cosas se ven desde otro ángulo; el espíritu es otro, y la formación es también otra.

Bien sé que en otros tiempos este mito taurino existió. Quizá porque entonces el ser supersticioso suponía una extravagancia de «buen tono», como ahora —estos toreros de hoy— tienen otras extravagancias.

Pero al fin de cuentas, estas cosas han vivido siempre a «flor de piel», como diríamos. En el fondo, cuando en la vida hay que detenerse, cuando en el camino del torero la muerte llega para «siempre» o pasa con ligereza, entonces el mito cae destrozado, para ceder su puesto al sentido religioso, al profundo sentido religioso que de su vida y aun de su misma muerte tiene el torero.

—Yo puedo contarle cosas maravillosas... —me decía don Mariano—, pero puedo contárselas a usted.

—¿Y al público, no?

—Al público, no. Son cosas tan personales, que nosotros no podemos disponer de ellas con ligereza. Si yo a usted le cuento algunas escenas conmovedoras, es para que conozca la profunda religiosidad que alienta en los toreros. También quiero decirle que los toreros son gente muy buena, y que en estos últimos tiempos he notado en ellos una reacción enorme, una entrega total a nuestra religión. Yo aun no conozco al torero que haya rehusado nuestros auxilios. En los toreros, nuestra labor encuentra facilidades sin cuento.

El buen «páter» siguió extendiéndose en razonamientos y presentándome pruebas que no dejaban lugar a dudas. Don Mariano hablaba calmadamente y hablaba a gusto.

En su devoción por el tema, encontré la facultad de poder seguir haciendo mis preguntas.



# LA PRIMERA FAENA DE JUAN BELMONTE

## De la Plaza del Altozano a la Venta de Cara-Ancha

**H**E aquí, en la placita de un cortijo jerezano, a Juan Belmonte. Rostro tostado y traje campero. Un capó llo al brazo. Suave, lentamente, el torero da unos lances al becerro. Todas las manos se juntan en un aplauso cálido a Juan Belmonte, símbolo de una época y una manera del toreo. Deslumbra el cortijo de cal y de sol. La arena tiene un vivo brillo dorado.

Una hora más tarde, fuera de la placita, Juan Belmonte evoca otros cortijos también blancos y soleados: los de cuando él era mozo, en Sevilla, y la aventura de los toros le tentaba maravillosamente. No había llegado aún el momento del traje de luces, y la vida era todavía para el muchacho áspera y dura. Dificultad, esfuerzo, hambre; pero, como en el verso rubeniano, una sed de ilusiones infinita.

El recuerdo del torero va adentrándose en los días lejanos, hundiéndose cada vez más en aquel tiempo de miseria y de sueños. Sevilla, el hogar humilde, los hermanillos... Y entre horas de sombra e incertidumbre, la lucecita de los toros: la posibilidad de que un día el triunfo trajese el bienestar para todos, entre el clamor de una tarde de éxito en un ruedo taurino.

—... Yo era por entonces —recuerda Juan Belmonte— un chavalillo aficionado a los toros y a la aventura. Los cuadernos y los folletines de viajes y de episodios novelescos me tenían trastornado el ánimo. Hasta tal punto, que un día, en unión de otros tres chavales de mi edad, eché carretera adelante. Queríamos ir, nada menos, al África, a cazar leones. Llegamos hasta Jerez. Pero la caminata y el dormir cara a las estrellas, y la visión de la realidad —tan distinta a lo que habíamos imaginado nosotros—, nos rindió. Aun caminamos más, hasta Cádiz. Y aquí volvió a ganarnos, más abrumadoramente, la sensación de fatiga y desaliento...

—Y volvieron ustedes a Sevilla...

—Sí. Aquella fué mi primera salida al mundo. Regresamos cariacontecidos. Bajo la pesadumbre del fracaso, yo trabajaba de mala gana en los pequeños quehaceres que me ordenaba mi padre. Estaba descontento del mundo y de mí mismo. Ganduleaba, iba al Altozano con otros muchachos de mi edad, toreaba...

—¿En el campo, en los cortijos?

—No; todavía, no. Toreaba en las plazuelas de mi barrio trianero a cuanto se me ponía por delante: a una silla, a un perro, a un amigo... Y recuerdo que así, un día, gané mi primer duro. Fué en aque-



En la placita del cortijo de hoy, Juan Belmonte, junto a su hermano, piensa acaso en aquellas otras placitas de cuando él era chaval y soñaba con la gloria taurina para liberar a los suyos de una vida áspera y difícil

lla plazoleta del Altozano en la que todos los días nos juntábamos unos cuantos chavales. Uno de éstos me embestía, haciendo de toro. Yo le toreaba a mis anchas: verónicas, medias verónicas, recortes... Desde el pretil del puente nos miraban unos señores. Uno de ellos me llamó, y yo me acerqué respetuosamente, con la gorrilla en la mano. Me dijo: «¿Dónde has toreado tú, chaval?» Yo le contesté la verdad: que en ninguna parte. Entonces se metió la mano en el bolsillo del chaleco, me dió un duro y me dijo: «Toma, para ti. ¡Tú serás torero!» No supe nunca quién era el buen señor. Y me hubiera gustado conocerlo algún día, porque aquél fué mi primer dinero de torero...

—¿Y cómo fué saltar de aquel toreo de salón al otro, al de verdad?

—La afición se me avivó cada día más. Pero yo no pasaba de aquel toreo al amigo o al perro; de aquel toreo sin riesgo ni gloria. Claro es que entre la chavalería taurina de la barriada yo tenía ya mi cierto y pequeño prestigio de buen torerillo de salón. Formaba parte de una tertulia de aficionados muy jóvenes, ninguno de los cuales se había visto nunca delante de un becerro. Vivíamos en un mundo ilusionado y quimérico, lleno de fantasías y de

## Aquel duro que le dió un señor desconocido

absurdos. Un día, el más sensato de todos nosotros —recuerdo su nombre: Blas Medina— dijo que lo lógico era, si queríamos ser toreros probarlos delante del toro. Mas esto no era fácil. El único modo de hacerlo era ir a la Venta de Cara-Ancha. Había en ésta una placita y un becerro, al que soltaban para la lidia mediante unas pesetas. La dificultad se nos aparecía invencible.

—Ese divorcio frecuente entre el arte y el dinero...

—Eso es. Ninguno tenía nada. Además, a mis compañeros les parecía que era rebajarse aquello de dar dinero por torear. Lo menos que exigían en la Venta era un duro. Y acordamos reunirlo poniendo cada uno de nosotros una peseta. Llegó el día acordado, y sólo yo llevaba la peseta. Los otros, unas perras nada más. Y muy pocas ganas de verse ante el becerro. No reuníamos, entre todos, el duro necesario. Puse yo cuanto llevaba; y aunque de todas maneras no se alcanzaba la cifra requerida, el dueño de la Venta nos permitió torear. Saltamos a la placita. Y se abrió la puerta del chiquero...

—Solemne momento.

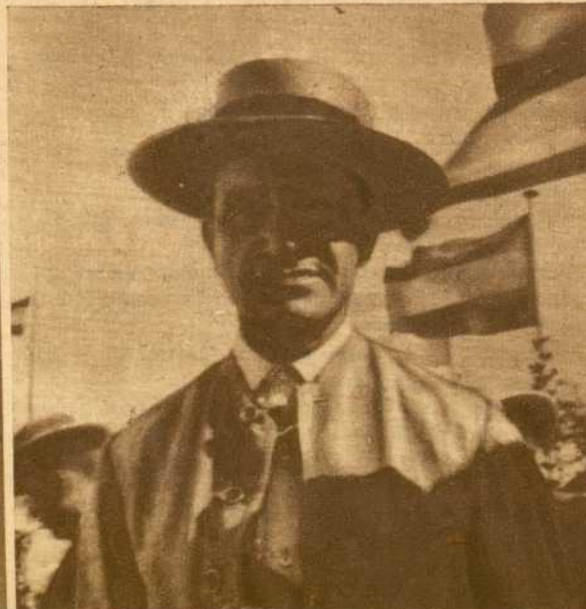
—¡Ya lo creo! Me impresionó ver de pronto en la arena al becerro. Se me quedó mirando, en actitud retadora. Avancé hacia el centro de la Plaza, y me arrodillé, citándole. Se arrancó él, le aguanté, le di la salida... Al pasar el becerro junto a mí, resoplante, furioso, me pareció una mole... Era la primera vez que yo me veía ante un toro. Y, sin embargo, había salido indemne del lance. Resultaba que a los toros se les podía torear con la misma confianza y el mismo lucimiento que yo toreaba, de salón, a un amigo o a una silla. Le di un lance, otro, otro más... Me emborraché toreando. ¡Había ensayado todo aquello durante tanto tiempo...! Luego, el becerro se cansó de embestir por las buenas, se entablero, empezó a pegar derrotes, me golpeó, me tiró una y otra vez. Yo no sentía nada, ciego de la alegría de torear. Aquella fué mi primera faena. Volví a casa, después, sin el menor cansancio, sin el menor dolor. Mi casa humilde, necesitada. Por el suelo jugaban o lloraban mis hermanillos. Yo estaba alegre, nervioso, y mi madrastra me preguntó de dónde venía. Yo me engallé. Y respondí, señalando a mis hermanos: «Vengo de buscarle el pan a todos estos»... ¡Ay, qué magnífica e infantil petulancia me había dado el éxito de mi primera faena!

JOSE MONTERO ALONSO

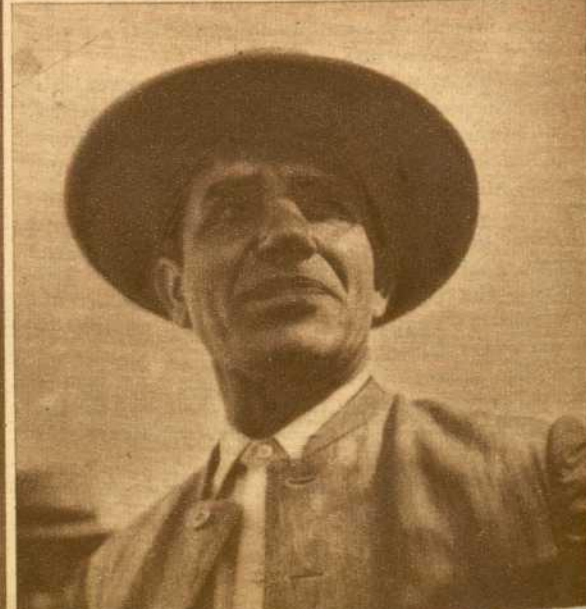
«Yo estaba descontento del mundo y de mí mismo» — comenta Belmonte, al recordar el fracaso de aquella primera salida suya, carretera adelante...



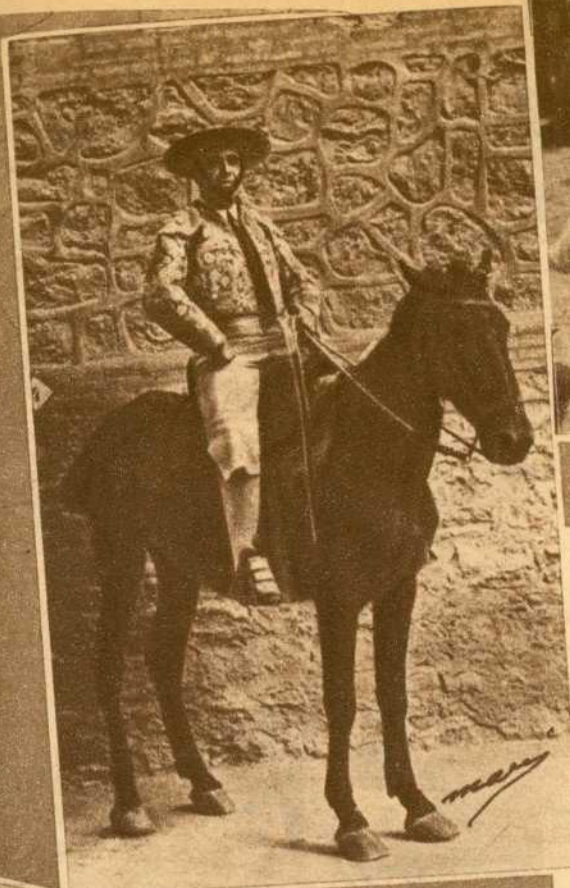
«El día acordado, sólo yo llevaba la peseta convenida para reunir entre todos un duro y torear al becerro» — dice sonriente el famoso torero



«Resultaba que a los toros se les podía torear con la misma confianza y el mismo lucimiento que cuando lo hacía de salón en el Altozano»... (Fotos J. M. A.)







Pablo Suárez, el Aldeano (Foto Mari)



En la Plaza de Madrid, igualando al toro con el caballo. (Foto Almazán).



En la Plaza de Barcelona, picando a un toro de Manuel González, que hizo buena puya (Foto Sebastián)

### El problema de las puyas

**El Aldeano culpa al peto y al medio toro de que el tercio de varas tenga en la actualidad más de "desgracia" que de "suerte"**

**Pablo Suárez es partidario de picar en la raya circular, y no en las tablas**



Con su hermano Manuel, Aldeano chico

*Pablo Suárez, El Aldeano, figura muy popular, es uno de los picadores de hoy que saben montar a caballo y defenderlo mejor con su propio esfuerzo que con el peto. Viene hoy a esta Sección para opinar, con pleno conocimiento de causa, del problema de las puyas. Y lo hace con absoluta y plausible sinceridad y con la experiencia de más de treinta años de profesión, en la que logró notoriedad y prestigio.*

**E**l toro que antes salía de bandera! —nos dice rubricando nerviosamente las palabras con el gesto—, tenía su piedra de toque en la suerte de varas, esto es, en el número de puyazos que recibía y en la pelea que hacía con los caballos. En cambio, ahora, los petos y el medio toro han conseguido que la suerte de varas tenga más de «desgracia» que de «suerte», al haber quedado relegada en el tercio más insulso de la lidia.

—Pero, aun hoy, no ocurrirá siempre así.  
—Vale la pena hablar claro de estas cosas —añadió—. Actualmente suele ocurrir que muchos toros lucen lo mismo, no pudiendo distinguirse al toro bravo del manso. Todos llegan al terreno del picador llevados al revuelo de un capote, y cuando el toro quiere darse cuenta, tiene ya la puya encima. De aquí que los picadores hayamos venido a quedar en «trompicatoros», función, por cierto, carente de lucimiento y gallardía.

—¿Cómo entiende usted que debe realizarse el encuentro entre el picador y el toro?

—Las batallas siempre se ganaron saliendo los soldados a cuerpo limpio de las trincheras. Por trincheras entiendo yo las tablas, y por campo abierto, la raya circular, que es precisamente el terreno ideal para aguantar la embestida de la res.

—Pero entonces el peligro para el jinete será, sin duda, mayor...

—¡Cá, hombre! —contesta rápido—. Fuera de las tablas, además de que la suerte puede lucir con toda su pureza, ofrece una mayor defensa al

proporcionar al caballo amplio espacio para soportar la acometida. Una usted a eso que cuanto menos cerrado en tablas se sitúe el picador, mayores probabilidades dispondrán los toreros de a pie para entrar al quite, sin embarazos ni atropellamientos.

—¿Resulta, por tanto, absurdo que el picador se aferre a intervenir pegado a la barrera?

—Naturalmente, puesto que dificulta el ajuste de la suerte. Para algo se mantendrá la raya. Es en ella donde se observan las diferencias que separan a los verdaderos artistas de aquellos otros desprovistos de vocación y entusiasmo.

—De lo dicho se deduce que el secreto de picar bien...

—... Reside en dos argumentos esenciales: en el poder de la mano izquierda, que es la que manda, y en el corazón, que es el que obedece. Existe otro detalle, no menos interesante: procurar conseguir la igualada precisa con el toro y aguantarle la embestida tanto con el brazo como con el tronco del cuerpo, inclinándose y apoyándose con la pierna derecha sobre el estribo. Esto es lo que nosotros llamamos «echar el cuerpo sobre la vara».

—Me ha parecido entenderle que no siente gran simpatía por el peto.

—El peto tiene varios inconvenientes. Uno de ellos, el desengaño que el toro experimenta al comprobar en el primero o segundo puyazo que nada puede hacer por escapar al castigo. Esto ha ocurrido en estos años últimos, pero acaso en el próximo no ocurra de la misma forma.

—¿A qué se deberá esa variación?

—A que en la última temporada no se lidiaron ni con mucho todos los toros que había en venta. Como todo ese sobrante disponga este invierno de pastos abundantes y salgan luego con los cuartos a los cinco años, bien pudiera ocurrir que muchos petos haya que sacarlos con tenazas de la barriga de los caballos. Y es que con el toro serio no caben bromas.

—¿Qué opina usted de los caballos de que disponen habitualmente?

Aldeano se queda pensativo, pero pronto se rehace para decir:

—La gran escasez de caballos obliga a ser transigentes. ¡Qué remedio!... Hoy, con un mismo caballo, se pican cinco o seis corridas. Y si el que lo monta tiene conciencia del oficio puede, al penetrarse con la montura, realizar su cometido con muchas probabilidades de lucimiento.

—No lo dirá usted por los que en cada puyazo hunden a los toros un gran trozo de garrocha.

—Los toros con edad, peso y prestancia, siempre necesitaron que se les domine a caballo, que se les ahorme a ley, para que el toro llegue en buenas condiciones al último tercio. Pero una cosa es



En la Plaza de Madrid, agarrando los alfos (Foto Cano)

rebajar el poder y la dureza de los toros, y otra muy distinta agotarlos desmesuradamente, disminuyendo la emoción en las suertes restantes.

—¿Es partidario de modificaciones en la puya actual?

—En modo alguno, sí, como dije antes, viene en buena hora el toro con romana y respeto. Con esta clase de enemigo, la puya actual cumplirá el exacto cometido para que fué creada. Con esa puya y con ese toro basta y sobra para que la suerte de varas consiga ser hermosa, así como para que sólo los verdaderos artistas de la garrocha puedan destacar de los que sin méritos pretenden medrar aprovechando circunstancias transitorias.

—¿Quiere opinar acerca de la eficacia del quite?

—Convendría algunas veces no echar en olvido que el quite es misión esencial del matador y no de los monosabios. Mientras el picador domine la situación, «los monos» deben estarse quietecitos y alejados del grupo formado por picador, toro y caballo. Por algo el Reglamento vigente es bien terminante al prohibirles invadir funciones ajenas a su cometido.

Al despedirnos, y respondiendo a mi última pregunta, el Aldeano nos dice:

—Para ser buen picador, hay que comenzar por dominar al caballo y conocer los terrenos de la Plaza. Saber dónde el toro puede con los demás, o, por el contrario, en qué terrenos se puede con él. Esto y una vocación a prueba de contusiones y fracturas.



# LA VERDAD ES QUE NUNCA SE HA PICADO BIEN

AHORA estamos medidos en una encuesta referente a la modificación de la puya, y como siempre que se suscita el tema del primer tercio de la lidia, se habla mal de los picadores actuales y se elogia a los del tiempo pasado, invocando un «entonces» que nadie acierta a situar concretamente.

## Numerosos testimonios en las revistas del siglo pasado

Y si a los que añoran otras épocas se les obligara a fijar el pretérito por el que suspiran, o se verían en un grandísimo aprieto o se podrían rebatir fácilmente sus afirmaciones, porque la verdad es que nunca se ha picado bien, al menos como norma corriente y sostenida.

Tan es así, que desafiamos a que se nos presenten documentos fehacientes en los que se pruebe que hubo un período de dos, de tres, de cinco, de diez años en el que existiera una raza de hábiles piqueros que a la par que castigaban al toro como es debido, librarán a su montura de las cornadas de aquél.

La suerte de picar es indispensable e insustituible y tiene un prestigio incomparable, como demostraremos otro día a través de varias citas poéticas; pero lo cierto es que siempre ha sido, por lo general, fea y antiartística.

Si en otros tiempos hubo picadores que descollaron, también los hay en los presentes; mas en aquéllos y en éstos, allá se van casi todos, porque entonces, lo mismo que hoy, la finalidad apetecida no era de arte, sino de utilidad —excepto algún

caso singular aislado de anécdota—, y mientras esa finalidad persista, no es fácil que ofrezca mejor apariencia la suerte de varas.

Cuando en 1802, escribe don José de la Tixera su curiosa obrita *Las Fiestas de Toros*, ya sienta la afirmación de que a los picadores antiguos les mataban las reses menos caballos que a los de aquel tiempo, y era porque los que dicho autor llama «picadores antiguos» no se paraban al castigar y ejecutaban la suerte en forma parecida a la que emplean los rejoneadores.

Sin remontarnos a tan considerable altura, y fijando nuestra atención en las primeras décadas de la segunda mitad del pasado siglo —cuando actuaban picadores tan celebrados como Lorenzo Sánchez, Castañitas, Curro Calderón, Juan Fuentes, Osuna, Uceta, Naranjero, Arce, Azaña, Coriano, Juan Gallardo, Esterero, Alanís, Charpa, Antonio Pinto, etc.—, vemos que el competente crítico don José Carmona y Jiménez escribía esto en el *Boletín de Loterías y de Toros*, al referirse a la corrida efectuada en Madrid el día 8 de junio del año 1857:

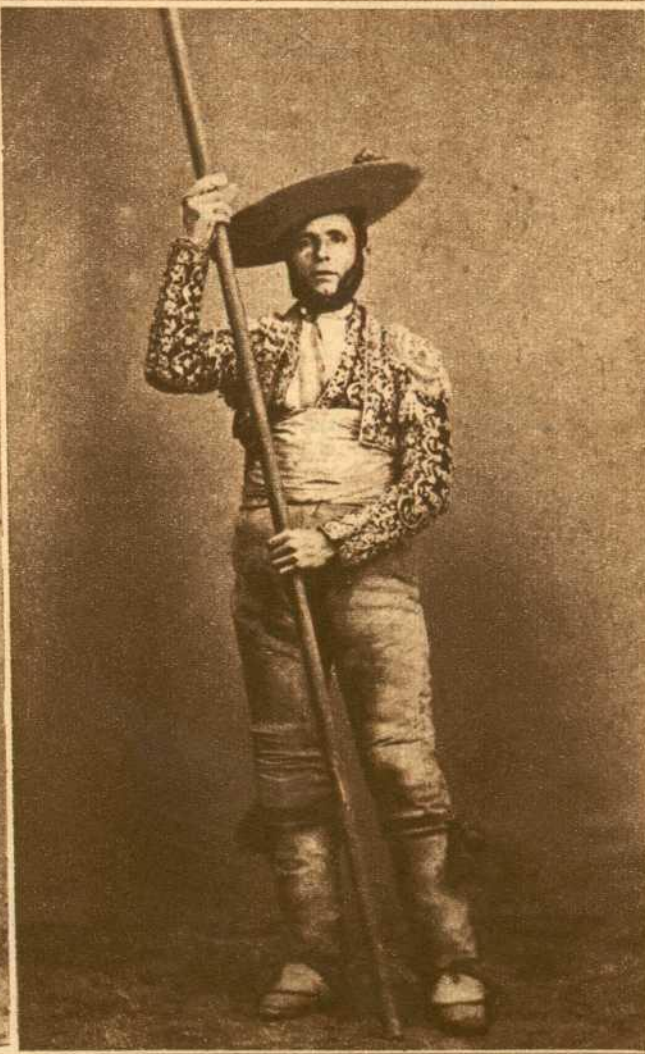
«El señor gobernador y sus delegados deben multar a los picadores que no cumplen, como desgraciadamente se ve, poniendo puyazos en los encuentros, espaldilla, costillas, etc., y casi nunca en el morrillo; pero no debe mandar que salgan a los medios de la Plaza, cuya orden es contraria al arte de torear, y por consecuencia, inadmisibile,



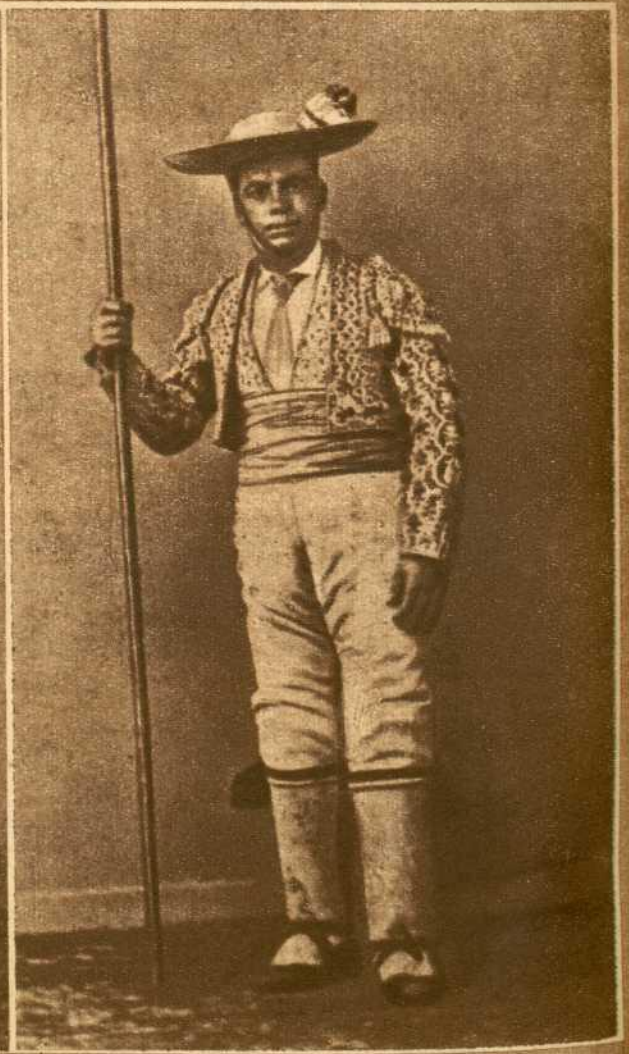
Antonio Pinto



Bruno Azaña

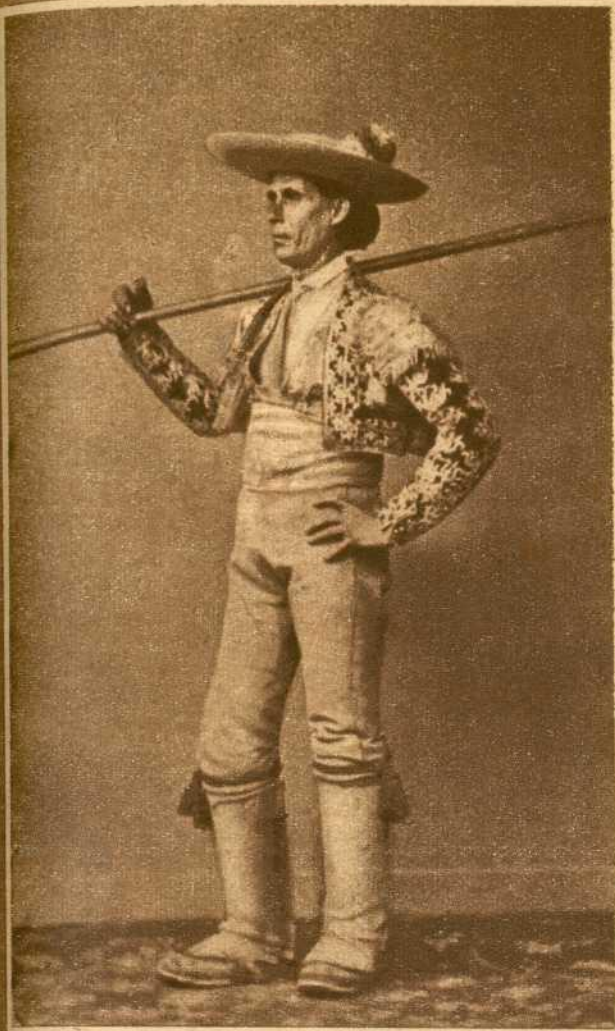


Juan Uceta

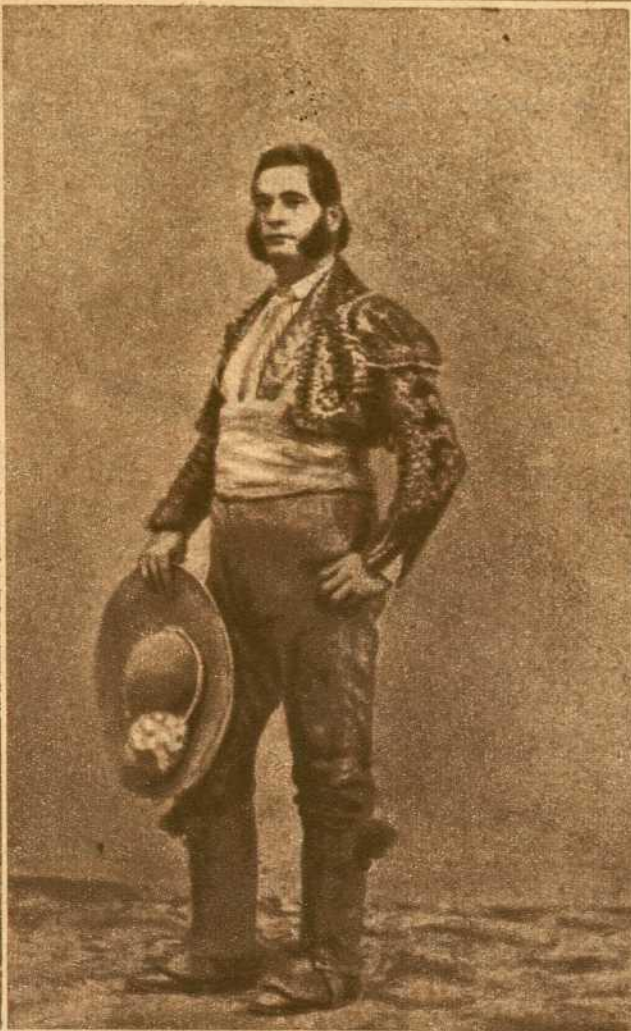


Miguel Alanís

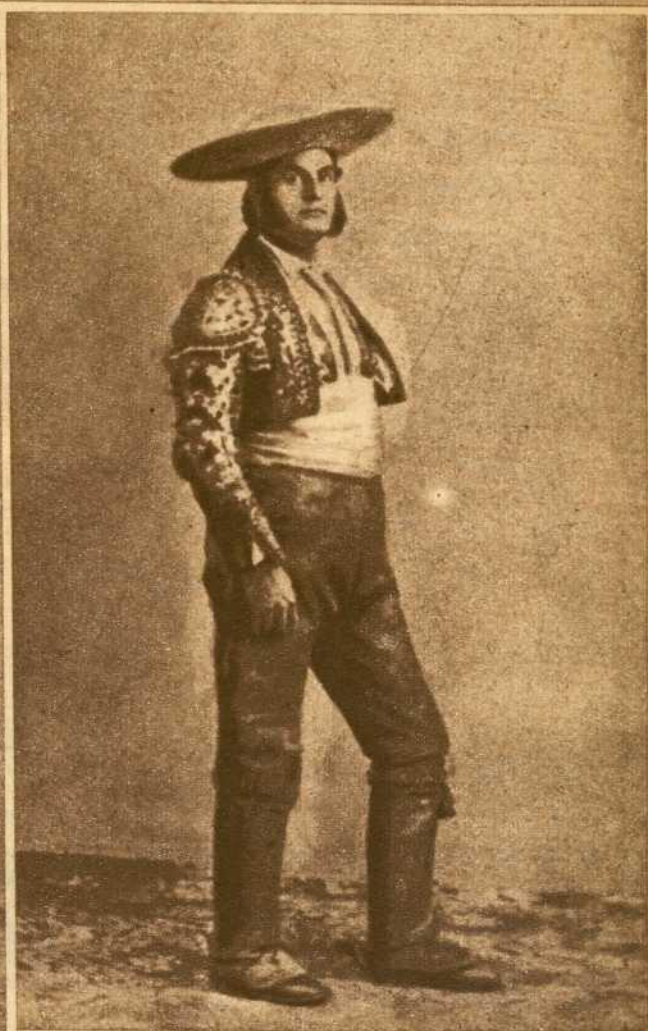




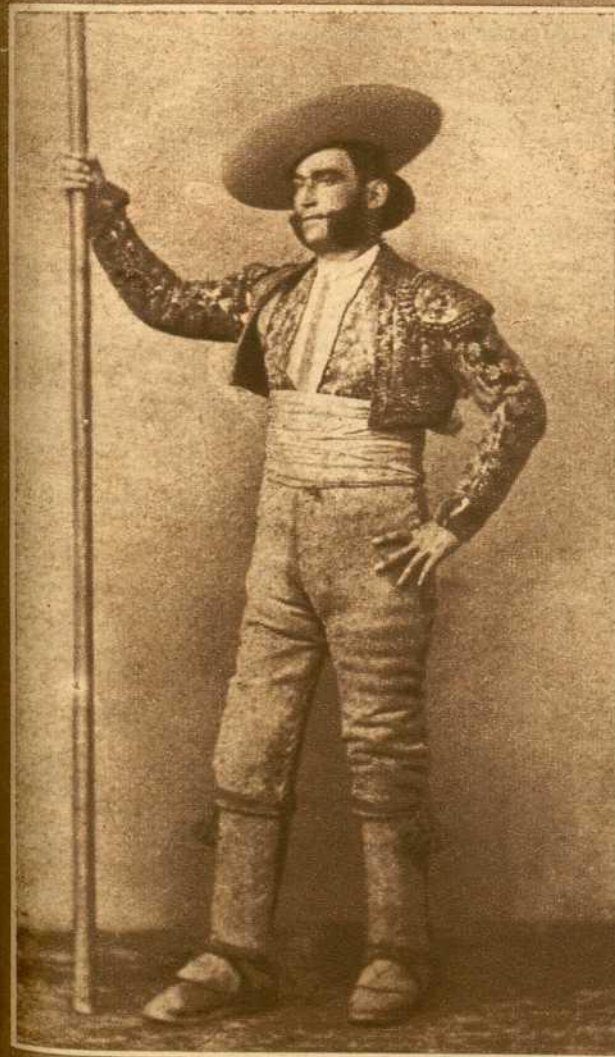
Lorenzo Sánchez



Ramón Fernández (El Esterero)



Antonio Osuna



Mariano Cortés (El Naranjero)

taurómacamente hablando... Pican bajo, rasgan los toros, no se unen con el caballo, toman las suertes torcidas...

Y ocho días después, escribía esto otro: «No me ha gustado, ni creo conveniente, ni en armonía con el arte, que los picadores salgan a poner puyas al centro de la Plaza.»

No era aquello esporádico ni ocasional, sino que respondía a un estado de cosas que tenía carácter crónico, y así vemos a dicho escritor que, con su descuidada sintaxis, lanza apóstrofes y tiene lamentaciones constantemente, pues un año más tarde, al ocuparse de la corrida del 5 de abril de 1858, decía que los picadores entraban «generalmente de costado».

Y a la vuelta de ocho días, se expresaba así: «Desgararon Calderón y Charpa, y todos entraron terciados a la suerte.»

Léanse ahora estas sustanciosas líneas, referentes a la corrida efectuada el 3 de noviembre de 1859:

«Ya no se pica, sino se acosa, rasga la piel y se plantan puyas bajas. Si sale un toro que pegue algo, se ve instantáneamente confusión en toda la cuadrilla, marcha ésta en guerrilla y hasta alegran al bicho los mozos de caballos.»

Si dejamos a Carmona y Jiménez y recurrimos a Garisuain Blanco, el gran crítico que escribía *El Mengue*, veremos que predicaba en estos términos durante la temporada de 1868:

«Creemos que el primer espada debe prohibir a los picadores agarren los toros por las espaldas o por el pescuezo.»

«Tampoco debe obligarlos a picar fuera de la suerte natural, ni que lo hagan en las querencias.»

Sería cuento interminable hacer la transcripción de cuantas quejas lanzaban los críticos de antaño al referirse a la ejecución de la suerte de picar.

Y, sin embargo, a fines del pasado siglo, cuando actuaban picadores tan notables como Agujetas, Pegote, Badila, Agustín Molina, el Chato, Cantares, Cigarrón, el Largo, el Chano, Carriles, etc., se añoraban los tiempos aquellos en que los toreros de a caballo daban lugar a que se escribiera lo que hemos copiado antes, y en prueba de nuestro aserto, por ahí andan las colecciones de *El Toreo*, *El Tío Jindama*, *El Enano* y *Sol y Sombra*, que no nos dejarán mentir.

Exactamente igual que ahora se echa de menos a los picadores que hace medio siglo manejaban la garrocha.

Si alguna diferencia existe entre unos y otros,

es la de que ahora es la profesión infinitamente más cómoda y menos peligrosa que antaño, tanto por el peto como por el ganado que actualmente se lidia.

—¿Y cómo es —preguntará algún maese Reparos— que a los picadores antiguos, cuando los petos no existían, les mataban los toros tan pocas cabalgaduras?

Haría falta saber cuáles eran esos picadores antiguos, porque suponemos que quien haga tal interrogación no se referirá a los que ya evocaba don José de la Tixera.

Y viniendo a épocas posteriores, para situarnos en una que pasa como floreciente para el primer tercio, habría mucho que hablar.

A José Trigo, Azaña, Charpa, José Sevilla y Curro Calderón, famosos los cinco, les mataron en 1851, en las veintiséis corridas verificadas en Madrid —según dice don Ramón Medel en su obra *Toros*, en 1851—, nada menos que 173 semovientes y les hirieron 115, entre los 165 toros que se lidiaron.

Y ese mismo Curro Calderón —una de las eminencias del pasado siglo como picador— perdió seis caballos en la corrida del 9 de abril de 1871, y cuatro en la del 23.

¿Cuándo se ha picado bien?

Nunca. Al menos como prescriben los cánones. Muy bonito, airoso y gallardo es, sin duda, lo que éstos establecen como norma; pero de lo que dispone Francisco Montes, por ejemplo, en su *Tauromaquia completa*, a la realidad de todos los tiempos, hay una distancia enorme, sin que esto quiera decir que de vez en cuando, excepcionalmente, no se vea ejecutar la suerte con relativa perfección.

Mas, por lo común, no pasa de ser una ficción ideal que cae dentro de los límites de la utopía.

Lo que pasa es que la creencia rutinaria se impone con tal fuerza, que a ella cedan no ya los aficionados ingenuos, sino aquellos que vienen obligados a conocer la historia del toreo y creen saberlo todo y hallarse en el secreto de todo por haber leído los libros de algunos trovadores, en lugar de beber en las fuentes de los periódicos antiguos, verdaderas e incontrovertibles pruebas documentales sobre las cuales debemos edificar la verdadera historia, pues son tan minuciosas y detalladas las revistas que contienen, que, aunque nada literarias, vencen en el campo de la utilidad a las crónicas que hoy se escriben.



# La segunda corrida de la temporada en MEXICO

Se celebró el día 17 de noviembre, lidiando, El Soldado, Fermín Rivera y Morenito de Talavera, que tomaba la alternativa, seis toros de Coaxamalucán

Fermín Rivera resultó cogido y con una cornada en el muslo



La entrada, como en la corrida de inauguración, fué muy floja en la sombra, y un poco más entonada en el sol. El público mejicano sigue defendiéndose como puede de la elevación en el precio de los billetes



En esta corrida hizo su presentación Emiliano de la Casa, Morenito de Talavera, al que El Soldado entregó los trastos de matar en la ceremonia tan conocida



El Soldado estuvo desafortunado en sus dos toros, que fueron, según la información, los «huesos» del encierro. Aquí, menos mal, aparece dando un lance discreto...

## Plaza México

EN LA CIUDAD DE LOS DEPORTES  
 Empresa de Espectáculos de la Plaza México, S. A.  
 Oficinas en la 5a. de Guanajuato 115 Eric 11-04-81 Mex. L-06-05 y L-18-20  
 Venta de Boletos en Guanajuato 115 Esquina con Orizaba. (Plaza Ajuste), a dos calles de la Avenida Alvaro Obregón

DOMINGO 17 DE NOVIEMBRE DE 1946

2a. Corrida de la Temporada.

Presentación del Diestro Español

Emiliano de la Casa

"MORENITO DE TALAVERA"

De Gran Cartel en todas las Plazas de España

A las 4 de la tarde, en punto, se lidiarán a la usanza española  
**6 Toros de COAXAMALUCAN**

La famosa ganadería mexicana, de Don Felipe González, vecino de Apizaco, Estado de Tlaxcala. Los todos lucirán divisas morado y rojo y serán lidiados por estas Cuadrillas:

**LUIS CASTRO "EL SOLDADO"**

En su nueva Temporada. Sale con los Picadores: José Larios "Indio", José Meza y Jesús Fernández "Veneno", y los Banderilleros: Antonio Casillas, Angel Cortés y David Siqueiros "Tabaquito".

**FERMIN RIVERA**

Que regresa triunfante de España dónde toreó más de treinta y cinco corridas, siendo el Torero Mexicano que más "orejas" y "rabos" cortó en sus actuaciones. Sale con los Picadores: Ignacio Carmona, Carlos Vázquez "Costeño", y Humberto Bolio "Baranita", y los Banderilleros: Alberto González "Rolleri", Jesús Meléndez y otros, de la Unión Mexicana de Picadores y Banderilleros.

Emiliano de la Casa

"MORENITO DE TALAVERA"

Nuevo en esta Plaza, donde se presenta respaldado por sus éxitos en las Plazas de España. Sale con los Picadores Ramón Higuera, Solange Gorozica y Alfonso Álvarez "Tarzan", y los Banderilleros: Antonio Iglesias, Cayetano Leal y Ramón Rubio.

Puntelleros: Emilio Rodríguez y Ramón Velázquez.

Asesor Taurino: Rosendo Bédar

Servicio Médico: Xavier Ibarra y José Rojo de la Vega

Servicios Completos y Modernos de la Plaza y Ruedo.

He aquí el cartel de la segunda corrida de la temporada en México. En él se contienen interesantes detalles que en España suelen omitirse. Desde el domicilio de la Empresa y del despacho de las localidades hasta el nombre del asesor y de los doctores que prestan el servicio médico



... pero ahora se ve bien claramente que El Soldado adopta sus precauciones y permite, para doblar al toro, la ayuda de los peones. El matador oyó pitos



FINANZAS Y GARANTIAS. S. A.



Vuela por AMERICAN AIRLINES



Morshito de Talavera, con el que el público estuvo muy cariñoso, dió una de cal y otra de arena. A su primero no pudo dominarlo, y el de Coaxamalucán fué arrastrado entre gritos de ¡Toro, toro, toro! Pero en el quinto se lució colocando unos pares al quiebro, que fueron muy aplaudidos

Rivera estuvo poco tiempo en la Plaza. Se lució en quites, toreado de frente por detrás a su primero, que tenía la cuerna bien desarrollada



Luego, con la muleta se centró y toró templadamente con la derecha...

Tanto se cidió, que, al rematar un lance por el lado izquierdo, resultó cogido y con una cornada en el muslo del mismo lado, de dos trayectorias de quince centímetros



... y luego, con la izquierda, jugando bien el brazo y teniendo quietos los pies

Mató de una gran estocada, y fué ovacionado y se le concedió la oreja del de don Felipe González, vecino de Apizaco, del Estado de Tlaxcala. Este sorte de oreja fué el primero de la temporada (Reportaje de Gifra Gráfica)



Financiando la corrida estuvieron el novillero español Vicente... Gitanillo chico y la bella estrella cinematográfica Rita Hayworth



La SEGUNDA CORRIDA de la temporada de Méjico, vista por el dibujante Flores

PLAZA  
"MEXICO"



RIVERA



RIVERA

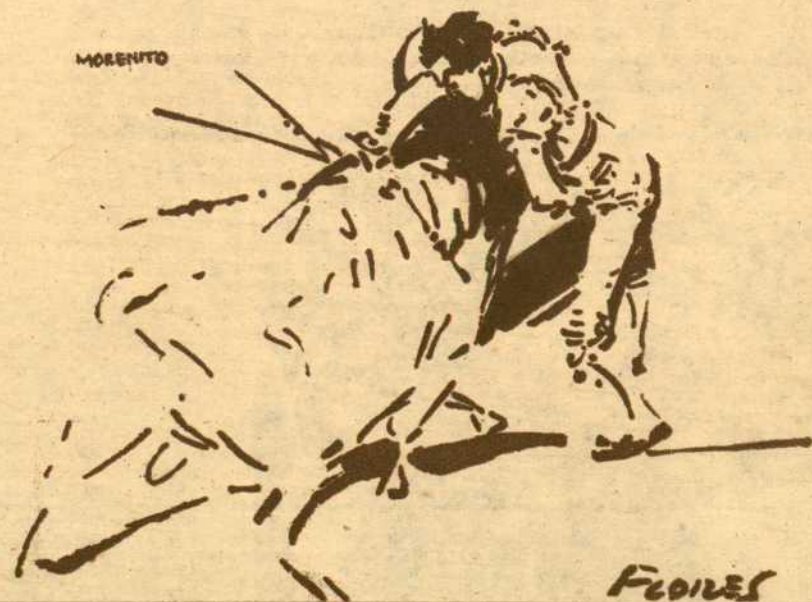
MORENITO



MORENITO

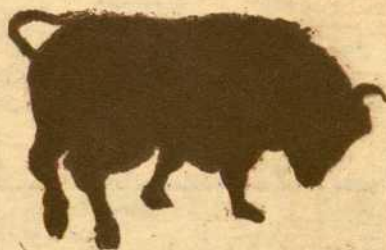


MORENITO



FLORES

HOY, A LAS 4 EN LA PLAZA "MEXICO"  
 MORENITO DE TALAVERA  
 "EL SOLDADO" y FERMIN RIVERA  
 con 6 DE COAXAMALUCAN



Fermin Rivera en una finisima gaonera al primero y mejor toro de la tarde.  
 El pundonoroso diestro potosino en el momento de ser cogido en su primer enemigo, cuando iniciaba un recorte por el lado izquierdo.  
 Morenito de Talavera citando para colocar un par al cambio, suerte que tiene muy hecha y le festejaron con calor en esta su presentación.  
 El mismo diestro hispano recibiendo al bicho cerrado en tablas. Es en este tercio de banderillas en donde más se defiende el espada debutante. Con la espada estuvo a la altura de la voluntad que derrocha con los palos. Se deja ver, cita en corto y cobra una estocada hasta la bolu que se le premia con la primera oreja de la temporada.

(De Flores, dibujante de Esto)



## EL PLANETA DE LOS TOROS UNA IDEA EN MARCHA

EL duque de Pínohermoso ofreció hace días un agasajo a un grupo de escritores taurinos, al que concurrieron también algunas de sus amistades. Al pie de un soberbio cuadro de Schneider, que decora el suntuoso comedor ducal, el director de EL RUEDO, Manuel Casanova, conversaba con Sebastián Miranda.

Necesito presentar a Sebastián Miranda a aquellos de mis lectores que no le conozcan. Su arte es la escultura; su afición, los toros; su encanto, la conversación. En estas tres actividades, tan dispares, es maestro. Nos interesa aquí, sólo la que se relaciona con nuestra fiesta. Sebastián Miranda es uno de los más antiguos y de los más íntimos amigos de Juan Belmonte. Por lo tanto, belmontista acérrimo. Reconoce, a duras penas, el arte inconmensurable de Joselito. Niega, en redondo, el de Guerrita. Cree a pies juntillas que, hasta Belmonte, nadie ha sabido torear. En sus juicios es de una severidad absoluta. Transige con muy pocos toreros. Aplauda contadísimas faenas. Tiene un fallo: los toreros gitanos. Tiene una noble pasión: el ansia de lo perfecto. Este es, a grandes rasgos, Sebastián Miranda, aficionado a toros.

El cual, como digo, charlaba aquella tarde con Manuel Casanova. De lejos le veía sus gestos y ademanes, cuando su voz me llamó. Y me dijo:

—Casanova nos da hospitalidad en EL RUEDO para lanzar mi idea. Manos a la obra. Hay que lanzarla, con todo cuidado, bien pensada, bien meditada.

—Sebastián, mira que nos vamos a meter en un lío tremendo. Manuel Casanova se sonreía, Sebastián Miranda se indignaba.

—Nada de líos. Tú ya hablaste este verano de ella en EL RUEDO, pero un poco en broma. Y la idea es seria, muy seria, trascendental. ¡Como que quizá abra nuevos caminos a la fiesta! Usted lo verá, Casanova.

A nuestro grupo se fueron agregando José María Alfaro, Jaime Foxá, el marqués de Albayda. Sebastián, con acento convincente, iba narrando, desarrollando su idea.

—¿Ustedes creen —decía— que hay derecho que para ver una buena faena tengamos que presenciar veinte o treinta corridas y que esa faena llegue como llega el gordo de la lotería, cuando menos se piensa? ¿Ustedes



De izquierda a derecha: Juan Belmonte, Rafael el Gallo, Sebastián Miranda y Emilio García Gómez

creen que hay derecho a estar viendo corrida tras corrida, a toreros medianos, sin ningún interés, a los que les tocan los mejores toros y no los saben aprovechar, mientras los buenos toreros tienen que apéchar con manos ilidables? Me acuerdo de una vez que fui al cuarto de Rafael el Gallo, después de una corrida en la que el genial torero estuvo desastroso. Y el comentario de Rafael a su actuación fue el siguiente: "A mí me han anunciado en los carteles para enténdermelas con toros de lidia. Todo el mundo está de acuerdo en que los de esta tarde eran ilidables. ¿Qué querían que hiciese con ellos? ¡Que chillen al ganadero que los crió, o a la Empresa que los compró! Pero no a mí, que nadie puede poner en duda mi deseo de quedar bien." ¿Es esto verdad o no? ¿Tenía razón Rafael el Gallo o no? Para mí, entera y verdadera, porque lo vengo comprobando en los muchos años que hace que asisto a los toros. ¿Qué hubiera sido de Chicuelo si no le sale en la Plaza de Madrid aquel toro de Graciliano Pérez Tabernero, al que hizo una de las mejores faenas que yo he visto en el toreo? Pues que Chicuelo se hubiera quedado inédito, porque con los mansos se puede estar más o menos decidido, más o menos valiente, más o menos eficaz; pero no se puede torear, que es lo que nos lleva a todos a la Plaza...

—A todos, no. A mí me gusta ver lidiar con conocimiento de causa a un manso —dijo alguien.

—Muy bien; sí, señor. Pero esa es otra cuestión. Ya hablaremos de ella. Porque creo que todos estaremos conformes que entre ver torear a un gran torero un toro bravo y verle lidiar un toro manso, todos nos inclinamos por el bravo. ¿De acuerdo, no? ¡Pues adelante! ¿Qué hubiera sido de Juan Belmonte si tras una racha de toros ilidables, no le sale en Madrid aquel Concha y Sierra con el que realizó la faena más grande, más hermosa y más perfecta que se ha ejecutado en una Plaza de Toros desde que hay memoria? Pues se hubiera quedado inédita. Y contra esto voy. Contra esto hay que ir. Contra esto hay que luchar. Cuento con todos ustedes, señores.

Permítanme que por el momento silencie las respuestas de dichos señores. No podemos precipitar los acontecimientos. El espacio se acaba. Este primer artículo tiene que terminarse. Vamos a terminarlo como los buenos folletines, con un "Se continuará". Estamos en invierno, queridos lectores. Sólo el eco lejano de América retumba en las tertullas y comentarios taurinos. La época es propicia. Hablaremos de una idea que puede ser muy beneficiosa para nuestra fiesta. Sebastián Miranda es su autor. Ya le conocen ustedes. Pronto conocerán su idea, el que no la recuerde cuando la expuse en estas mismas páginas; pero aun para éstos, más madurada y perfilada, será nueva. Atención, señores. Se continuará.

ANTONIO DIAZ-CANABATE

## PREGON DE TOROS

Por JUAN LEON

POCAS cosas, como las del toro salen tan al aire de la calle para ser traídas y llevadas por todos, les importen o no, en polémicas y comentarios. Las opiniones más autorizadas —por hacerse públicas en los periódicos bajo la responsabilidad de sus firmas o por corresponder a personas directamente interesadas— tienen un minúsculo volumen en relación a las que corren de tertulia en tertulia y se difunden entre los aficionados, creando un ambiente no siempre propicio a la fiesta. Es posible que esto ocurra por esa general creencia fatalista que se concreta en esta frase sin final: "Luego sale el toro..."



Pero el toro, si sale para dar vida al espectáculo, e incluso para establecer categorías entre los diestros, no sale, no puede salir, para arreglar, por ejemplo, el convenio hispano-mejicano para el intercambio de diestros, asunto que, contra todo lo que pueda aparentar, se está poniendo agrío y a punto de un rompimiento nada popular ni conveniente, pues si, en su momento, expresé mi personal discrepancia —por muchos compartida— de que se estableciera el convenio, hoy, una vez establecido, creo que debe sostenerse, aunque sea con sacrificios por la parte española.

Si el primer convenio —hecho con precipitación— era total y absolutamente oneroso para los diestros españoles y ahora resulta que son los mejicanos los más descontentos, ¿qué posibilidades de éxito puede ofrecer el segundo, que al tratar de subsanar el perjuicio a los nuestros ha de ser forzosamente con limitación de los beneficios establecidos para los mejicanos?

Una "Junta Técnica" —como la que debió actuar para elaborar el convenio vigente— es la que actúa ahora para rectificarlo. De su labor ha trascendido hasta ahora al aire de la calle su noble y alto propósito de aunar todas las iniciativas para redactar unas bases que podrán o no podrán ser aceptadas por los mejicanos. En el primer caso, estaría puesto el punto final a la cuestión; pero como no es probable, será el segundo el que quede sobre el tapete con las objeciones de los mejicanos, demasiado graves —según se presienten— para una solución armónica.

Y son demasiado graves, porque los motivos que a ellos les impulsan para la modificación del convenio son los fracasos en los ruedos españoles de diestros que allí agitan el cotarro taurino —no por méritos artísticos, sino por viejos prestigios o porque detentan cargos sindicales— y el triunfo de Carlos Arruza. Esto, sobre todo, ha sido para ellos doblemente doloroso; primero, porque significa la rectificación de un fallo artístico que habían pronunciado, y segundo, porque, por una desconsideración e injusta estimación personal del citado diestro, no le consideran auténticamente mejicano.

Este es el eje de las protestas mejicanas: Arruza. Sin Arruza, con sus ciento ochocorridas del año cuarenta y cinco y sin las del año cuarenta y seis, cobradas a precios superiores a todos los pagados hasta ahora, no habría problemas, y con la seguridad de que Arruza no torearía en España en la próxima temporada ni en las sucesivas, tampoco lo habría.

Y de no equivocarme en la hipótesis, honradamente deducida de actitudes y palabras observadas y leídas en la Prensa mejicana, cualquiera solución española que cuente, como sin duda hará, con considerar a Carlos Arruza como a un diestro mejicano más, que es lo justo, tendrá allí irreconciliables enemigos.

Esta alarma va a parar a una conclusión: recomendar la urgencia a la "Junta Técnica", porque la temporada —para asunto de tanto trámite— está encima, y no debe llegar sin que se hayan tomado acuerdos bien definidos, sin fórmulas provisionales, porque lo lamentable sería la repetición de hechos semejantes a los que se produjeron en la temporada de 1936.



Carlos Arruza



## TRES CELEBRES COGIDAS MORTALES

### GRANERO, GAVIRA y REGINO VELASCO

LOS que hemos asistido a muchas corridas de toros y ya no conservamos el codiciado tesoro de la juventud, tenemos forzosamente, en la conjunción de recuerdos, los de algunas cogidas mortales, episodios trágicos de la fiesta, que, por ser brava, desafío constante a la muerte, lucha permanente con ella, señalan el ápice de glorias e infortunios. Muchas veces, cuando se especula —y yo he sido el que últimamente lo hizo, y no creo que desprovisto de razón, porque el exceso puede ser pernicioso para todos— en torno a las codicias de algunos toreros, al espíritu de lucro, a la ambición, hoy más que nunca acentuada, de hacer rápidas fortunas para buscar prematuramente el retiro dorado, hemos de poner una sombra en la firmeza de las impugnaciones y en la energía de las críticas. De la fiesta viven mu-

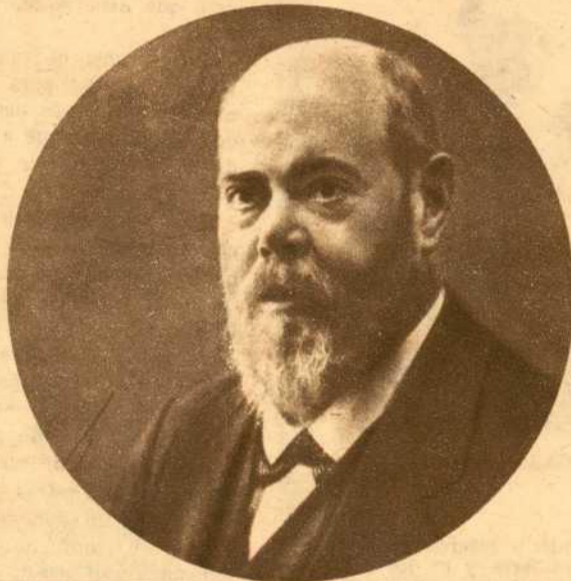


Granero

chos: los empresarios, que pueden exponer su capital, pero no la vida; los ganaderos, que realizan un negocio lícito, pero tampoco ponen en riesgo lo más deseable; los mismos públicos, que si no viven materialmente, le extraen la parte que nutre un deseo espiritual, el esparcimiento, con un espectáculo que atrae, que sugiere; y así, en orden menos relevante —acaso no de menor importancia—, otros muchos: apoderados, gestores, intermediarios. El único que en el juego, al dar lo que tiene, va a la aventura, que puede ser dramática, es el torero. ¿Justifica esto la prisa de algunos, el ansia de llegar pronto y tener cubiertas las espaldas? Es notorio que se ha producido un cambio fundamental en la psicología del torero. El de antes, acaso por el mismo sentido heroico de la profesión, por la peligrosidad del destajo, era

más desprendido, con otra interpretación, puramente romántica, de su oficio. Ahora se calcula, se negocia, se reduce todo a números, y la actuación en los ruedos va precedida o seguida de una serie de negociaciones o resultados de sentido estrictamente comercial.

Pero ello no neutraliza el rasgo esencial, lo que da la categoría varonil y gallarda a la fiesta: el torero se juega la vida cada tarde. No se pretenda aducir que los riesgos son menores porque el toreo es de otra forma, porque, en general, los toros son más pequeños. Un novillo mata como un toro de seis años. Se ha recordado más de una vez que el astado que se cogió en Talavera de la Reina la vida —que pareciera invulnerable— de Joselito era chico, parecido a los que ahora levantan tantas protestas. Esto es harina de otro costal. Si las reses de lidia deben tener más presencia, si no se podría torear como ahora se estilaba con los toros de antaño, si ha cambiado el



Regino Velasco



Gavira

instantáneamente muerto. Es ésta una de las cogidas que más me han impresionado. Granero era de los matadores que no inspiraban inquietud. Daba una gran sensación de seguridad. Como José. Y, sin embargo, había de morir sobre la arena. Fué violinista en su juventud. Dejó el arte de la música por una irresistible vocación de torero. Su muerte fué de las más espectaculares. También presencié la cogida y muerte de Gavira. Una cornada tremenda. Era modesto, buen matador. Espigado, muy alto. Se ponía extraordinariamente pálido cuando actuaba. Sin duda, su valor era un resultado de la convicción de que se le exigía, de que se esperaba de él esa nota, a falta de estilismos y preciosidades con el capote o la muleta. Al llegar a la enfermería de la Plaza madrileña, agonizaba. Pero, acaso, en aquella ocasión, el público no se dió cuenta de la importancia de la cogida, de que iba ya muerto por el callejón.

Y presencié también la cogida y muerte de Regino Velasco, que no era torero. El popular impresor de la calle del Marqués de Santa Ana era jefe del personal. Había presenciado centenares de corridas desde el callejón. Un toro saltó la barrera, no pudo él hacer lo mismo o refugiarse en un bur-ladero. Presa de un pavor natural, no se le ocurrió más que correr. Viejo y grueso, sus pasos no podían ser más veloces que la carrera del toro, que le prendió por la espalda, y siguió adelante. La cornada no era, desde luego, mortal, pero se debió fracturar la base del cráneo y llegó cadáver a la sala de operaciones. También fué un suceso espectacular que produjo tremenda impresión en los espectadores. Regino era muy popular, de desbordante simpatía. Editaba todos los años un «Almanaque», con versos, anécdotas y crónicas.

Estas son las tres cogidas que he presenciado, y de las que no salieron con vida los protagonistas.

FRANCISCO CASARES

Santa Cruz  
Taberna Gitana

MESONERO ROMANOS, 17  
DIRECCION: OROZCO

TODO EL TIPISMO Y COLORIDO DEL MAS BELLO  
RINCON ANDALUZ, TRASPLANTADO A MADRID

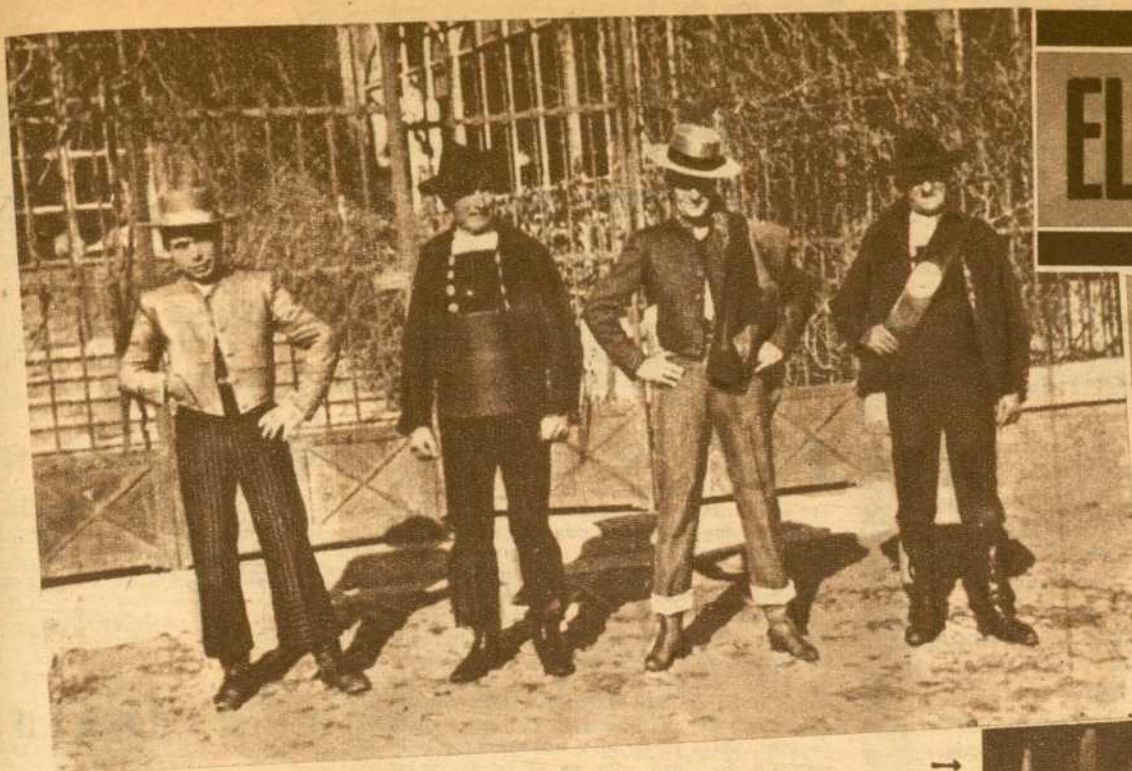
La Dirección invita a usted a presenciar la Gran Fiesta que del 6 al 15 de Diciembre tendrá lugar con motivo de la exposición, por vez primera en España, de EL MUSEO DEL TOREO (capotes de paseo, trajes, carteles, etc.). Realzará la fiesta un fantástico cuadro del más puro arte flamenco: "Las doce macarenas", de Sevilla, acompañadas por un notable conjunto de "tocaos".

La casa BOBADILLA patrocina el espectáculo, a cuyos asistentes obsequiará con valiosos regalos.  
Todos los días se rifará un jamón, una caja de vinos BOBADILLA y dos botellas de anís MANOLETE.  
La sala estará decorada por la acreditada casa LINARES.

De 7 a 10 de la noche,  
y desde las 11 hasta  
la madrugada

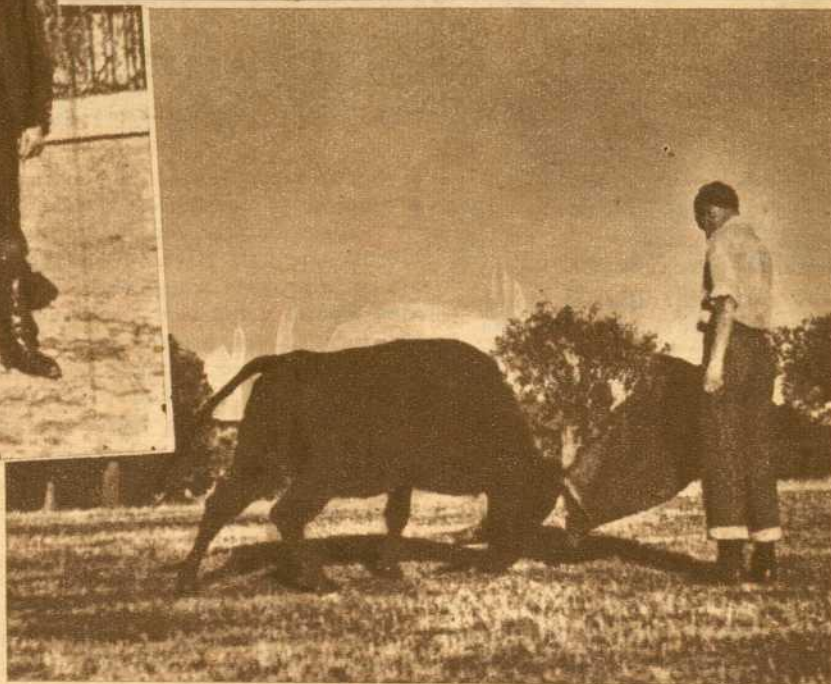


# EL TORO EN EL CAMPO



Saliendo de la vieja casona, hay un camino estrecho que corre entre huertas y va a morir ante esta monumental verja de buen hierro forjado. Por esta verja, muy de mañana, salió la cabalgada al campo salmantino. El ganadero don Vicente Charro sintió momentos antes la tentación de retratarse con su mayoral y dos charros

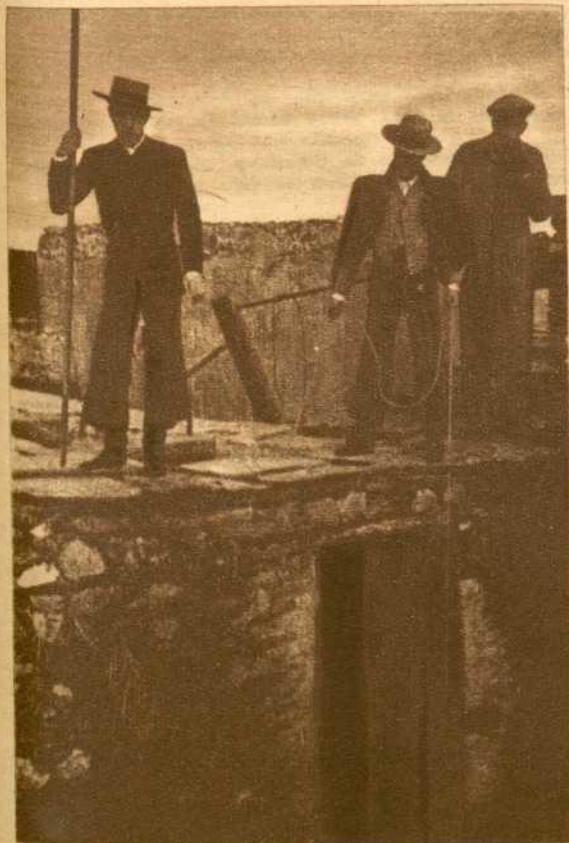
... Va doblando la mañana. En el prado, el conecedor de la ganadería apartó unas becerras. ¿Le gusta ésta? Sí. Esta misma... Y Pedro Robredo, dando las bridas de su caballo al mayoral, soltó del arzón la muletilla y se fué a la becerra pasito a pasito, para pararse luego en este muletazo con la derecha



... y el ganadero don Vicente Charro, mejor conocedor aún del toreo a campo abierto, también para y templea con la derecha. En el paisaje hay un cielo alto, luminoso y brillante..., cortando la inmensidad del campo salmantino, la mancha dorada, achaparrada, de unos castaños



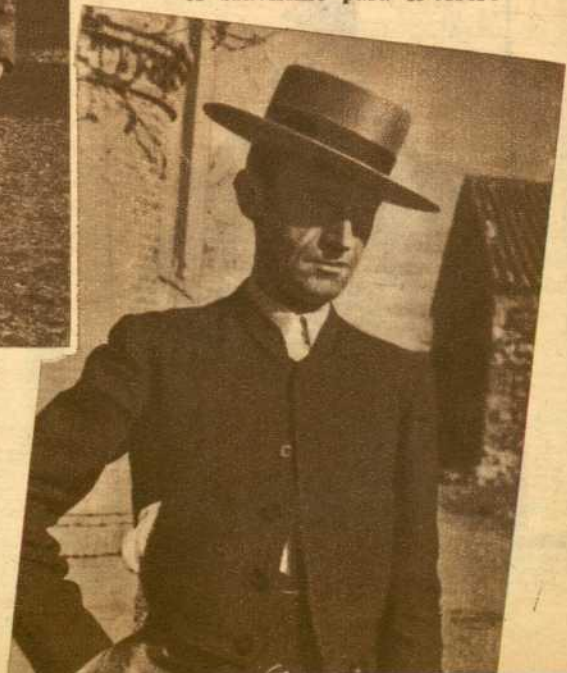
... la cabalgada ha vuelto grupas. El caballo, al trote, y la garrocha al hombro. Por delante van las becerras —que se escogieron en el campo— arropadas entre los mansos, y detrás el mayoral y los mozos. Falta ya muy poco para empezar el tentadero



... el ganado está en los corrales. Ahora hay que apartarlo; labor muy penosa y lenta, y en la que se acredita el buen oficio de los vaqueros. Cuando el apartado haya terminado, se soltará en la pequeña plaza la becerra que se va a tentar

El ganadero salmantino don Vicente Charro, que tentó hace unos días un buen número de becerros con buen éxito. En esta tiente actuaron Gallito, Pedro Robredo y los ganaderos Muriel y Fernando Tabernero (Reportaje gráfico Cano)

← ... Se va tentando el ganado. La res tiene buena nota, carga con alegría y embiste magníficamente. El ganadero, sonriente, permite torear al becerro. Y es Fernando Tabernero el primero que salta al ruedo para torear de muleta al becerro, que tiene muy buena nota, que carga con alegría y es bravísimo para el torero







Luis Vallejo Barajas, el famoso Pipi, picador de la cuadrilla de Manolete, que en la próxima temporada estará a las órdenes de Luis Miguel Dominguín

## Once trajes nuevos y una cuadrilla deshecha

EN otro lugar de este número damos la noticia de que Alfredo David y Luis Vallejo, Barajas, formarán parte de la cuadrilla que Luis Miguel Dominguín llevará en la próxima temporada. David estaba en Madrid y fué fácil conversar con él para llegar a un acuerdo; pero Barajas, como saben nuestros lectores, se encuentra en Méjico como subalterno de Manolete, y el compromiso se ha hecho por cable.

Quiere decir esto, sin duda alguna, que el matador que durante la pasada temporada sumó más corridas de toros quiere, en la próxima, tener la mejor cuadrilla posible. Puede querer decir, por otro lado, que Manolete no piensa actuar en España durante 1947. Es posible.

Se ha dicho que Manolete, antes de partir para Méjico, encargó la confección de once trajes, y de ello se sacó la consecuencia que el cordobés actuaría en los ruedos españoles intensamente en la venidera temporada. Realmente, el dato tiene interés. Por muy fenómeno que se sea, no se encargan, así como así, once vestidos de torear, para no torear y regalar luego los trajes de luces a once novilleros principiantes, que puedan anunciar como novedad su actuación vestidos con un traje del Monstruo. Desprendimiento innecesario y favor, en lo más de los casos, contraproducente.

Poco se ha de pensar para caer en la cuenta, dando por cierto ese casi fabuloso encargo de los once trajes, de que para Manolete, como para cualquier torero que conozca su profesión, más importancia que el traje de luces tiene en el ruedo la calidad de sus subalternos. Con un traje de torear primoroso y una cuadrilla mala, sólo se puede ir al estudio de un fotógrafo. Manolete, si piensa torear en los ruedos españoles, sabe que contaba con la mejor cuadrilla de España. Se comprende que durante la temporada pasada sus subalternos buscaran acomodo con otros espadas, y, naturalmente, idénticas razones han de determinar que en la venidera hagan lo mismo sus picadores y banderilleros.

Nadie extrañaría que el picador Parrita continuara a las órdenes de su sobrino el matador de toros; tiene no poco de particular que Alfredo David, peón de confianza del cordobés, se comprometiera, en ausencia de Manolete, con Luis Miguel Dominguín; pero extraña sobremanera que el matador madrileño llegue a un acuerdo con Barajas, estando, como está, el Pimpi en Méjico con Manuel Rodríguez, al que, sin duda, ha dado cuenta del ofrecimiento de Dominguín.

¿Once trajes nuevos y cuadrilla nueva para 1947? Puede ser cierto; pero no deja de ser extraño en un torero que, como Manolete, sabe dónde le aprieta la zapatilla.

Mientras ocurre todo esto, Andrés Gago inicia su viaje a América como empresario, y Arruza decide continuar su descanso en tierras sevillanas.

En Méjico hay gran interés en ver a Carlos Arruza, y de allí llegan cables ofreciendo al gran torero el oro y el moro. Hasta ahora, la respuesta es siempre la misma. Arruza quiere descansar, y no acepta contrato alguno para Méjico.

Nos preguntamos si Manolete ha aceptado algún contrato para actuar en ruedos españoles durante 1947.

Entra en lo posible que el español Manolete sólo toree en Méjico, y el mejicano Arruza únicamente lo haga en España. Lo que no quiere decir, ni mucho menos, que el intercambio entre toreros mejicanos y españoles se haga en lo sucesivo sobre la base de que el torero español que actúe en Méjico no pueda hacerlo en España, y el mejicano que lo haga en España no pueda hacerlo en Méjico. ¡Hasta ahí podrían llegar las bromas! Estos son lujos que únicamente pueden permitirse Arruza y Manolete.

BARICO

## DEL TOREO PINTORESCO

### ¡Aquel toro de los mozos que se negó a matar el Barquero!

F RANCISCO Arjona Herrera, Cúchares, y José Redondo y Domínguez, el Chiclanero, contaban en la Corte —durante los años que sostuvieron su enconada rivalidad en los ruedos— con un crecido número de partidarios, que tenían por costumbre reunirse, bien solos o acompañados de sus ídolos, en dos céntricos establecimientos.

Los del primero hacíanlo en la repsería El Rosario, sita en el número 13 de la calle de Toledo, y los del segundo, en la cerería de Tomé, enclavada en la de Atocha, esquina a la de San Sebastián. Mas cuando el número de chiclaneristas era mayor que de costumbre, la tertulia trasladábase a la relojería de Plaza, sita en el mismo lugar que años después ocupó el café de Fornos.

No, no eran simples aficionados cuantos acudían a estas asambleas. Por su posición social y por sus conocimientos en materia taurina, había que clasificarlos entre los de «categoría y con solera», pues a tal punto llegaba su pasión, que uno de ellos, el octogenario médico don Diego Plaza, falto de oído y de vista, hacíase llevar a su barbera del 4 para deleitarse siquiera con el ruido de la fiesta.

Unos y otros, en sus respectivos locales, disfrutaban gratamente durante las primeras horas de la tarde en animadas charlas sobre cosas de toros, y en las de la noche fundíanse ambos grupos, ocupando uno de los cuartos reservados del café La Vieja Iberia, donde, en un ambiente de verdadera camaradería, rucharistas y chiclaneristas pregonaban los éxitos de sus ídolos.

Han pasado muchos años, y nada queda de aquel ambiente recogido y casi familiar que presidía las reuniones de los partidarios de Cúchares y el Chiclanero. El siglo trae nuevas costumbres, y aficionados, escritores taurinos y gente de coleta han elegido como lugares de reunión varios cafés del centro. Y en el Inglés, donde acuden, entre otros, el Espartero, Fuentes, Lagartijo, Vicente Pastor y Paco Frascuelo, tiene su tertulia Angel Caamaño Izquierdo, revistero taurino que hizo popularísimo su seudónimo de El Barquero desde las columnas de *Heraldo de Madrid*.

No puedo precisar si fué el tenor Soler, el escritor Larra, el impresor Giralda o cuál de los asistentes a esta selecta tertulia, quien cierta tarde pidió al Barquero que les refiriese uno de entre los muchos episodios de que fué protagonista durante su etapa de lidiador profesional.

Complaciente, les refirió uno:

—Allá por los años de mil ochocientos ochenta y tantos era dueño por completo de todo mi organismo la más desatada fiebre taurina. Mi juventud rodaba por pueblos y poblachos, ya como banderillero, ya como matador.

En lo uno y en lo otro me mostraba tan diestro, que con absoluta justicia escribí años después, licégrafándome:

*Y tal me iba yo portando  
por las Plazas, toreando  
de mi miedo bajo el peso,  
que cuando no estaba preso  
es que me andaban buscando.*

Después de acudir como uno de tantos a todas las capeas de todos los pueblos próximos a Madrid, di con mis huesos en la Alcarria, tierra de mi santa madre.

Por aquella época tenían gran prestigio y enorme popularidad en toda la alcarreña tierra dos lidiadores regionales, Domingo Catorce y Pelera —que así se apodaban—, siendo el último el legítimo amo, el verdadero fenómeno, el indiscutible as tauromáquico de toda la región.

Encontrábame descansando tranquilamente unos días en Arrancacepas cuando una mañana me desperté la dueña de la casa, prima carnal de mi madre.

—¿Qué pasa?

—Que acaba de llegar Pedrillo, el molinero de Canalejas, que viene con dos del Ayuntamiento y que quieren hablar contigo. ¿Qué les digo?

—Que suban.

Los saludos de ene, los apretados abrazos y las obligadas preguntas cariñosas relacionadas con la parentela.

—Bueno, ¿y qué os trae por aquí?

—Pus que venimos a ver si quisés dir a Canalejas a matar el toro de los mozos.

—Sin inconveniente alguno. Por supuesto, que el parentesco nada tiene que ver con lo demás.

—Hombre... eso por descontado.

—¿Y cuándo hay que ir a Canalejas?

—Ahora mesmo. El carro lo tenemos a la puerta, y en cuanto digas, ya estamos picando.

—Pues lo que tarde en vestirme.

Y comencé a hacerlo con toda ligereza. Y a punto de terminar la toilette, di en pensar acerca del porqué me daban a mí la preferencia los ediles de Canalejas, andando como andaban por aquellos andurriales los famosos Domingo Catorce y Pelera.

—Oye, Pedrillo, ¿y de quién es el toro?

—De don Ruto Serrano. ¡Más majo!

—¿Sí?

—¡Y más valiente!

—¡Hola!

—Mía tú si será majo y valiente, que antiyer tenía que haberlo matao el Pelera. ¿Y qué hizo el Eicho? Pus cogier al Pelera y estrellarlo.

—¿¿¿Qué???

—Como te lo cuento. Ayer fué el entierro.

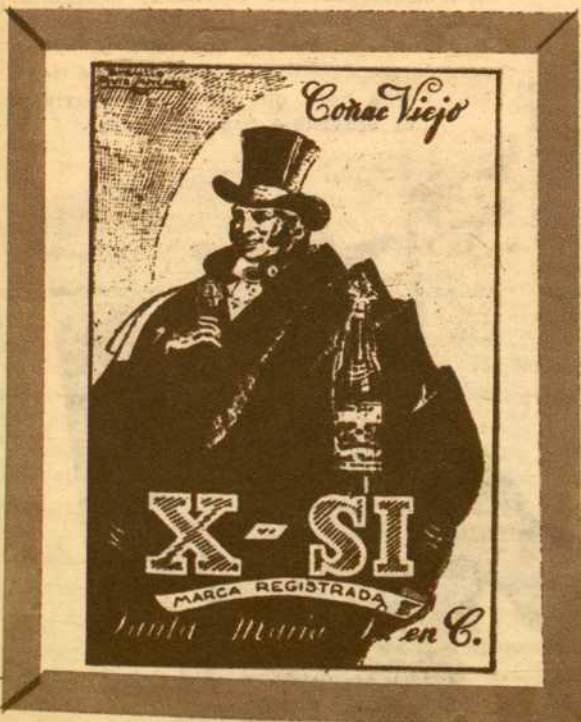
Huelga decir lo rápidamente que me desnudé, la prisa con que volví a meterme en la cama y la renuncia inmediata que hice al honor de colocarme frente al majo que se había cargado al maestro Pelera.



## EL BARQUERO

En mi obsequio trabajó «Sirio» no más que un instante, y asegura que soy yo este que tenéis delante. Como de arte nada sé, lo que «Sirio» afirma creo. Ahora bien: jamás pensé que pudiese ser tan feo. Al perdón siempre propicio, a «Sirio» perdono, si, ¡Cuando Dios me llame a juicio, él responderá por mí!

ANGEL CAAMAÑO



JUAN LAGARMA



**AFICIONADOS de CATEGORIA y con SOLERA**

# MANUEL CAMACHO,

antiguo ganadero y empresario de corridas,  
prefiere los toros desde  
un puesto cualquiera de espectador



**D**ON Manuel Camacho es uno de esos hombres que nacen con su vida marcada, o, por lo menos, con un sino especial en ella. Los toros son, en su caso, este sino de que hablamos. Claro que esto tiene su lógica explicación, a despecho de la fatalidad. Su padre fué ganadero. En estos casos, como para hacer un buen diagnóstico médico, hay que buscar los antecedentes familiares. Y no es esto, decir que en Camacho no existan condiciones propias de aficionado como para que no guarden relación con la herencia paterna. En todo español hay, en esencia o potencia, un buen aficionado. Las excepciones constituyen una escasa minoría.

Hablamos con la figura de hoy en su casa. La conversación se ha encauzado por el lado toro, que don Manuel Camacho domina.

—¿Tienen realmente justificación las protestas del público contra las reses de lidia?

—Hay algo en la actualidad ganadera que los

preciamos, generalmente, desconocen, y es el motivo porque los toros son más pequeños. Esto no se debe precisamente a que la raza vaya degenerando, sino a que el ganadero ve sus reses mucho más solicitadas que en otras épocas. Antes se daban muchísimas menos corridas que hoy, y por ese motivo había establecida una competencia entre las ganaderías, que se veían forzadas a ofrecer los toros en condiciones magníficas para la lidia, so pena de no venderlos. En cambio, ahora venden todo lo que tienen.

—¿Y cree usted que sobre esto cabe alguna innovación?

—Sí, creo que se debería hacer la innovación de seleccionar más las ganaderías, si a esto puede llamarse innovación, pues al paso que vamos terminarán por no embestir los toros. Claro que hay excepciones de ganaderos escrupulosos, que todos conocemos. Y para esto de las selecciones estimo que debieran perdonarse la vida, a petición del público, cuando saliera un toro de los llamados de bandera, para dejarlo de semental. Creo que en Méjico ya se hace algo de esto.

El ganadero nos ha hablado. Veamos ahora si éste es el matiz que más le agrada, dentro de la gama de la afición. Le preguntamos:

—¿Cómo le gustan más los toros: desde un cómodo puesto de espectador, en plan de ganadero o en plan de empresario?

—De espectador, pues de ganadero y de empresario he pasado muchos disgustos.

En vista de eso hablamos al espectador, al aficionado que va a los toros, simplemente por ver lo que pasa en el ruedo y la cara que tiene aquel día el presidente, sin preocuparse para nada de por qué los toros son así o del otro modo. Es posible que esto le guste más.

—Hablemos de sus impresiones de espectador de toros.

—Me gustaron mucho los toros desde mi niñez. Tenga en cuenta que mi padre era ganadero y empresario de algunas Plazas de toros. También yo fuí después ganadero —tuve la ganadería de Guadalets— y empresario de varias Plazas.

—¿Qué es lo que más le emociona de una corrida?

—Lo más emocionante: el momento de dar comienzo a la faena de muleta.

—¿Y lo más bonito?

—Lo más bonito: cuando el toro es bravo, la suerte de quites.

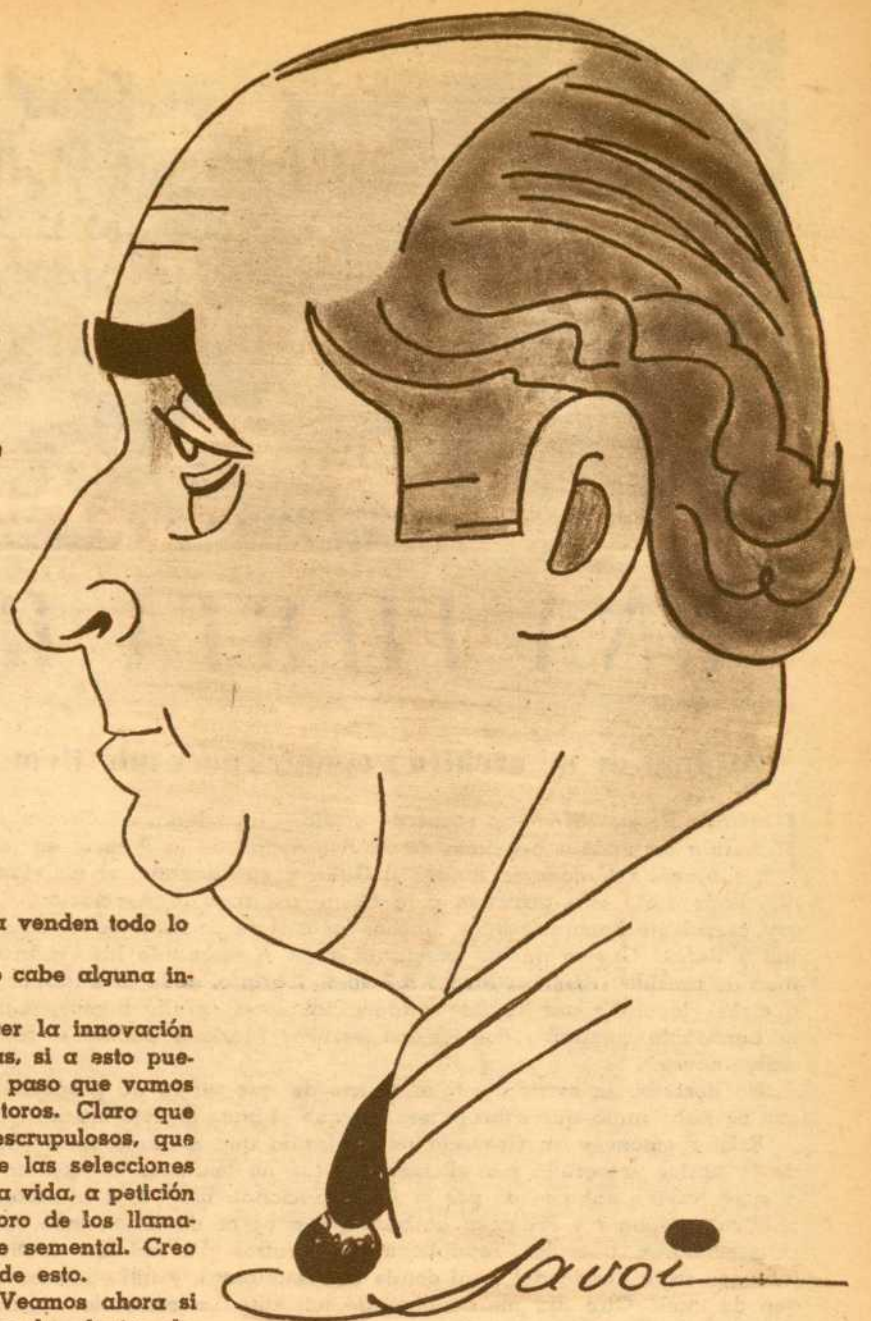
Ahora, una pregunta negativa.

—¿El momento más desagradable?

—El más desagradable: la cogida.

—¿Qué es lo que más le ha impresionado de la fiesta nacional, durante sus años de afición?

—La muerte de Joselito es lo que más me ha impresionado y sorprendido, pues nunca pensé que pudiera suceder.



—¿Le gusta que la mujer toree?

—Si se trata de Conchita Cintrón, desde luego. La he visto varias veces, y lo hace como un buen torero.

—¿Qué ventajas o desventajas encuentra usted en el toreo clásico sobre el moderno?

—Del toreo clásico sólo puedo hablar de los tiempos de Bombita y Machaquito, y luego de los de Joselito y Belmonte, que son los que he alcanzado. Si puedo decirle que en aquella época el público era más benévolo y dejaba a los toreros dar a cada toro la lidia que requería. En cambio, en la época actual —en la cual se han acortado las distancias en forma inverosímil—, se exige cada tarde al torero faenas completas, se preste o no el ganado. Con decirle que si a Mamolete o a Arruza se les permitiera torear a las distancias de antes, seguro que le darían a casi todos los toros veinte o treinta naturales. Desde luego, naturales... de aquéllos.

—¿Cuál es la Plaza que más le gusta?

—La de Sevilla.

—¿Recuerda usted algo curioso ocurrido en ésta o en otras Plazas?

—Pues, sí, algo ocurrido en una feria de Valencia, creo que el año 1921. Estando yo en el sorteo, le tocó a Pepe, el Algabeño, un toro de la viuda de Concha y Sierra, de pelo burraco, el más grande de la corrida... Y ahora viene la anécdota: a Rafael, el Gallo, que se encontraba allí, le gustó el toro y le propuso el cambio por uno de los suyos, que el Algabeño aceptó. Efectivamente, el toro salió bravísimo y con él ejecutó Rafael, el Gallo, una de las mejores faenas que le he visto. Por cierto que el toro se lo brindó a un señor que se llamaba Camacho.

—Muy gracioso. El Gallo es la anécdota viviente de toreo.

Y nos despedimos de don Manuel Camacho, el gran aficionado que presentamos a ustedes esta semana.

PILAR YVARS



**XEREZ-QUINA**

**EL APERITIVO  
QUE TOMA  
TODO  
EL MUNDO**



**VALDESPINO  
JEREZ**





# UNA FIESTA GRANADINA

## Páginas de mi archivo y apuntes para mis Memorias

EN octubre de 1914 —no recuerdo el día— tuvo lugar en Granada una corrida de toros a beneficio de la Asociación de la Prensa, en la que actuaron de matadores Rafael el Gallo y su hermano, el inolvidable Jose-lito. Para darle más atractivo a la fiesta, me rogó la Asociación, de la que soy presidente honorario hace muchos años, que consiguiera de Luis Mazzantini y Rafael Guerra que se prestaran a ser asesores de las señoras que habían de presidir el festejo. No me fué difícil lograrlo, dada la fraternal intimidad que me vinculaba con los dos grandes lidiadores, y allá fuimos, reunidos con la agradable compañía del insigne escultor Mariano Benlliure, camarada y amigo nuestro.

No describo la corrida porque aparte de que no es mi propósito, durante ella no hubo nada que sobresaliera, porque el ganado dejó mucho que desear.

Existía entonces en Granada una cofradía que nombrábamos «La oración de la tarde», integrada por aficionados que no teníamos de común más que nuestro fervido entusiasmo por la fiesta nacional. Era yo, a la sazón, hombre político, en plena y ardorosa actividad, y a pesar de ello estaba rodeado de conservadores, liberales, republicanos y neutros. La opinión política la dejábamos en la puerta del local donde nos reuníamos, y allí no se hablaba más que de toros. Otro día me ocuparé de tan singular cenáculo, organizado en forma visigoda, monacal y diplomática. No creo que haya habido otro que se le asemeje.

Para obsequiar a los dos jubilados espadas y al glorioso artista, celebramos una comida campestre en la huerta de San Rafael, de la propiedad del prior de la cofradía, que era nuestro llorado Eladio Pericás.

Renuncio a hacer la reseña de aquel agasajo alegre, fraternal y jubiloso, para que quede espacio al primoroso brindis que leyó el inspiradísimo poeta Manuel de Góngora, aplaudido frenéticamente por los comensales, y que seguramente encantará a mis bondadosos lectores:

*Nobles huéspedes: Salud.  
Perdonad si se levanta  
mi voz entre la alegría  
de esta festiva algazara  
y os dice en romance: Sed  
bien venidos a Granada.  
Aquí tenéis nuestros brazos  
y aquí tenéis vuestra casa.  
Porque antes que en vuestro honor  
mi romancillo, faltaran  
al sol sus lumbreras de oro,  
y al mar su espuma de plata.  
Tú, Rafael, Califa ilustre  
que en los vuelos de tu capa  
prendiste los corazones  
y la admiración de España;  
tú, cuyos ojos morunos  
sienten aún la nostalgia*

*del sol que alumbra el anillo  
de las españolas plazas;  
y tú, don Luis arrogante,  
hijo de la tierra brava  
que guarda venas de hierro  
en sus fecundas entrañas;  
tú, en cuyo traje de luces  
se quebró el sol de las pampas;  
tú, que en la arena del circo  
los perfiles evocabas  
de aquellos fuertes atletas  
que entre aplausos alcanzaban  
de la olímpica disputa  
la noble y honrosa palma,  
y que tu áairoso capote  
de paseo colocabas  
sobre tus hercúleos hombros  
con la misma gentil gracia*

*con que te hubieras envuelto  
en una toga romana;  
acaso al ver otra vez  
este cielo de Granada  
que cubrió, cual regio manto,  
días de heroicas hazañas,  
sentís en vuestras pupilas  
el escozor de las lágrimas.  
Sois dos clarines ya mudos;  
sois dos banderas plegadas,  
sois dos rescoldos vivientes  
de la hoguera legendaria  
cuyo fuego consumió  
el corazón de la raza;  
pero aun resuenan los ecos  
de vuestras nobles hazañas,  
y aun alienta vuestro espíritu,  
y aun vuestro rescoldo abrasa,  
y aun al viento de la gloria  
flotan vuestras oriflamas  
sobre el vetusto castillo  
de la grandeza pasada...*

*Dejad que corra el tumulto  
de las populares aguas;  
secad en vuestras pupilas  
la amargura de las lágrimas;  
los soles, cuando se ocultan,  
tienen belleza más alta,  
y el eco de vuestros nombres  
siempre es el nombre de España...*

*Y a ti, bajo cuya frente  
arde del genio la llama,  
picapedrero famoso,  
de cuyo cincel la magia  
fuera digna de esculpir,  
para asombro de la fama,  
los paños de la divina  
victoria de Samotracia,  
Dios te pague la merced  
que nos haces con tu dádiva;  
porque es tanto su valor  
y es su riqueza tan alta,  
que aunque vivamos mil años  
nunca podremos pagarla.  
Nobles huéspedes: Salud.  
Bajo el cielo de Granada,  
frente a esa Sierra que eleva  
al cielo sus cumbres blancas;  
en esta vega que os tiende,  
como una alfombra preciada,  
la esmeralda de sus huertas,  
de sus acequias la plata,  
os damos nuestra alegría,  
nuestra reidora algazara,  
nuestra juvenil locura,  
nuestra compañía honrada;  
si os damos poco, señores,  
mirad que os damos el alma.*

No sé que se haya publicado hasta ahora, porque guardé el original, que conservo en mi archivo y que con mucho gusto ofrezco sus primicias a esta sin par revista taurina.

NATALIO RIVAS

(De la Real Academia de la Historia)



Mazzantini



El Guerra



Benlliure

### EXCMA. DIPUTACION PROVINCIAL SEGUNDA SUBASTA DE LA PLAZA DE TOROS DE MALAGA

En el "B. O." de esta provincia correspondiente al día 29 de noviembre último se inserta el pliego de condiciones de la segunda subasta para el arriendo de la Plaza de Toros de Málaga por los años 1947 a 1950 inclusive. Hasta las doce horas del día 23 de diciembre pueden presentarse las proposiciones para el mismo. La apertura de pliegos se verificará al día siguiente, 24, a las doce horas, en el Salón de Sesiones de la Diputación Provincial.



## POR ESPAÑA Y AMÉRICA

Ha fallecido Paco López.—Se asegura que Arruza no irá a Méjico.—Nueva reunión de la Junta de Matadores.—El día 15 se presentará Conchita Cintrón en Bogotá. Reparación en Méjico (capital) de Lorenzo Garza y Manolo Escudero. El madrileño dió dos vueltas al ruedo.—Armillita y Manolete cortaron orejas en Monterrey. Julián Marín, contratado por la Empresa de Caracas



Ricardo Torres, Bombita



Conchita Cintrón

El pasado viernes, a bordo del «Magallanes», llegaron al puerto de Nueva York el matador de toros Jaime Marco y el novillero mejicano Paco Rodríguez. En avión prosiguieron viaje a Méjico.

—En la mañana del viernes se dijeron, en la capilla del Sanatorio de Toreros, misas en sufragio de las almas de Ricardo Torres y de los socios fallecidos.

—El novillero venezolano Luis Sánchez (Diamante Negro) ha nombrado apoderado a don Cayetano Minuesa.

—En representación de la Empresa de Madrid marchó a Andalucía, para elegir ganado para la próxima temporada, don Livinio Stuck.

—Llegó a Madrid el señor Alegre, empresario, con el señor Puchades, de la Plaza de Valencia.

—Falleció en Madrid el conocido hombre de negocios taurinos Francisco López, tío del ex matador de toros Ricardo González. El finado apoderó a Antonio Márquez, Fausto Barajas, Rayito, Carnicerito de Málaga, Bogotá y otros.

—Se asegura que Arruza pasará todo el invierno en Sevilla.

—El novillero portugués Diamantino Vizéu ha rechazado la oferta que se le había hecho para torear trece corridas en Méjico. Se dice que Vizéu piensa tomar la alternativa a comienzos de la próxima temporada.

—El sábado se celebró en Vich un festival taurino. Dirigió la lidia el ex matador de toros Gil Tovar, y actuaron los aficionados don Juan Armillas, don Javier Pascual de Zulueta, don Félix Cameno y Juanito Trench, que lidiaron cuatro novillos de Pérez Tabernero. Los cuatro matadores cortaron orejas.

—El sábado se reunió la Junta de Matadores españoles. Se trató del problema del intercambio entre toreros mejicanos y españoles. Todas las se-

manas se celebrará una reunión.

—Un propietario de Aguilas (Murcia) ha encabezado la lista de accionistas de la Sociedad, fundada para la construcción de una Plaza de Toros, con cien mil pesetas.

—El sábado por la noche fué obsequiado con un banquete el matador de toros Bonifacio García, Yoni.

—Se anuncia, para la segunda quincena de este mes, la partida de Andrés Gago, que va a organizar veinte corridas en las Plazas de Colombia y Venezuela.

—Los ganaderos señores Pérez de la Concha han efectuado las faenas de tiente de treinta y siete reses. Asistieron a la fiesta Arruza, Curro Caro, El Vito, Chaves Flores y Galisteo.

—A mediados de mes se celebrará en la Plaza de la Maestranza, de Sevilla, un festival a beneficio del barrio de Triana. Actuarán El Andaluz, Manolo y Pepín Martín Vázquez, Ángel Luis Bienvenida, El Vito y el rejoneador Pareja Obregón.

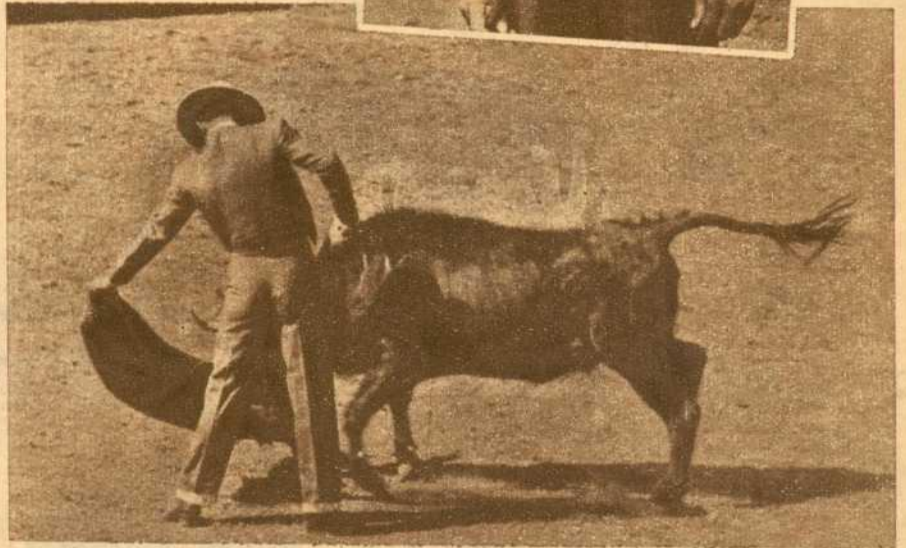
—Por segunda vez se anuncia la subasta para el arrendamiento de la Plaza de Toros de Málaga, por los años 1947 a 1950 inclusive.

—Luis Miguel Dominguín, preparándose para la temporada próxima, ha contratado como banderillero al magnífico peón Alfredo David y al picador el Pipi, que acompaña actualmente a Manolete en su excursión por tierras americanas.

—El pasado domingo salió de Lisboa para Colombia Conchita Cintrón, que se presentará en Bogotá el próximo día 15.

—En Méjico (capital) reaparecieron los matadores de toros Lorenzo Garza y Manolo Escudero. Componía la terna Gregorio García. Los toros fueron de la ganadería de La Punta. Lorenzo Garza fué recibido con enorme ovación. En su primero no pudo hacer nada con el capote. Intentó con la muleta torear al natural; pero en vista de que el toro no se prestaba a esta modalidad, cambió de táctica y dió algunos muletazos por bajo buenos, siguió por la cara y acabó de media buena. (Algunos pitos.) A su segundo le dió una buena serie de verónicas y terminó con media, rodilla en tierra. (Ovación.) Al iniciar su faena de muleta comenzó un viento muy fuerte y esto impidió que

Lorenzo Garza, que ha reaparecido en la Plaza de Méjico (capital), y de cuya actitud en relación con Carlos Arruza tanto se viene hablando. A los puntos de vista de Garza, en orden a los honorarios, se atribuye la ausencia de Arruza de los cosos mejicanos (Foto Cifra-Gráfica)



Lorenzo Garza, antes de reaparecer en la Plaza de Méjico, se entrena en la placita de la ganadería de Xajay. (Foto Cifra-Gráfica.)

Garza pudiera cuajar una gran faena. No obstante, el regiomontano se lució en varios parones y algunos adornos. Mató de una estocada y un pinchazo. Manolo Escudero dió a su primero varias verónicas primorosas. (Ovación.) En el tercio de quites fueron ovacionados Garza y Gregorio García. Escudero se fué al toro con la muleta plegada, y cuando la res llegó a su jurisdicción, dió un natural perfecto, siguió con otros naturales buenos, monoletinas y por alto, que fueron ovacionados. En la segunda parte de la faena, Escudero se limitó a torear por la cara. Con el estoque estuvo pesado y oyó un aviso. A su segundo no pudo torearle con el capote, a causa del fuerte viento. Brindó la faena a Alvaro Domecq, y realizó una gran faena con ambas manos, en la que destacaron varios derechazos soberbios, algunas monoletinas, tres naturales y uno de pecho. Un pinchazo. Nueva faena, que es ovacionada con entusiasmo. Media estocada y el descabello al primer intento. (Ovación y dos vueltas al ruedo.) La actuación de Gregorio García, excepción hecha del quite que hizo en el primer toro de Manolo Escudero, fué gris.

—En Monterrey, también el domingo, lió una tarde muy completa. Estuvo bien en sus dos toros y oyó muchos aplausos. Silverio Pérez y Manolete. El lleno fué absoluto. Armillita, que cortó una oreja, bien en sus dos toros y oyó muchos aplausos. Silverio Pérez estuvo desafortunado y no hizo nada saliente. Manolete se lució con el capote en su primero. Hizo una gran faena de muleta, pero perdió la oreja porque estuvo pesado con el estoque. En su segundo estuvo colosal en el primer tercio, y enloqueció a los espectadores al torear con la muleta. Le fué concedida la oreja; pero Manolete no se detuvo a recogerla, pues más que de esto se preocupó de evitar que sus admiradores le sacaran en hombros.

—El empresario Juan García, Juanito Valladolid, ha declarado a la Prensa venezolana que ha contratado, para actuar en la nueva Plaza de Caracas, al español Julián Marín, al mejicano Carnicerito y al colombiano José Pulido.

# BLENOCOL

Protege al hombre

BLENOCOL es un producto registrado; rechaza todo profiláctico que no lleve la marca BLENOCOL





## LOS SECRETOS DEL TORO



El Gallo

Regaterín

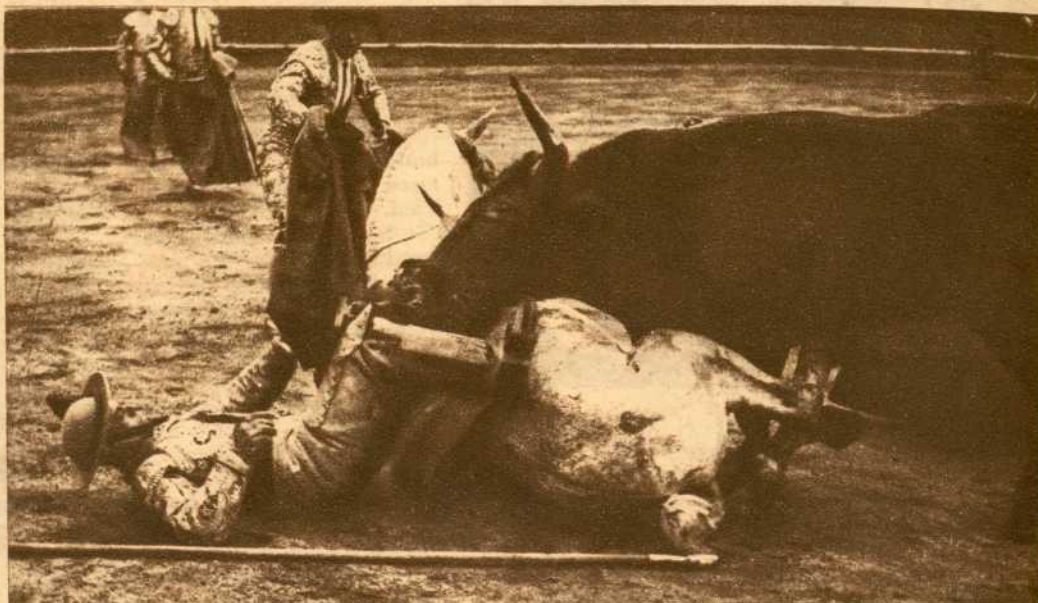
SIEMPRE he creído que el toro de lidia es más bravo o más manso según las circunstancias externas e internas que le acompañen en el momento de salir al redondel.

Un toro bravísimo el día que se lidió, quizá hubiera tenido que soportar las banderillas de fuego si se hubiese lidiado otro día. Y, al contrario: un toro manso hoy, tal vez en otra ocasión habría sido un toro de bandera. Una enfermedad crónica ignorada por el dueño y los vaqueros, que puede estar adormecida o exacerbada en el instante de salir el toro por la puerta del chiquero; una enfermedad aguda, contraída un día o unas horas antes; un simple dolor de cabeza; un «mal humor» que puede traducirse en desgana e indiferencia —mansedumbre— o en irritación y «malas pulgas» —bravura—, todo ello puede influir —influye, sin duda— en el comportamiento del toro durante los veinte minutos en que permanece sobre la arena del ruedo.

Es más: llevo a creer que el toro que abre plaza daría distinto juego si saliese en sexto lugar. El primer toro surge del encierro a la luz sin haber oído ruido apenas, ni más música que la que acompaña al paseo de las cuadrillas. El sexto ha permanecido más tiempo encerrado en la oscuridad; ha escuchado torrentes de ovaciones, estrépito de silbidos, olés estentóreos, clarines y timbales, gritos desaforados, música, acaso estampidos de banderillas de fuego, quizá cencerros de cabestros que se han llevado a otro toro al corral, cencerros que le han hecho añorar la tranquilidad bucólica de

su placentera dehesa con sus pastos jugosos, su sol amigo y su aire libre, su tranquilo señorío, su poder soberano, ahora oprimido entre cuatro paredes sin luz... ¿Sabemos cómo opera todo esto en el mundo interior del toro? La influencia es indudable. Lo que ignoramos es el modo de traducirse estos agentes, de fuera o de dentro, en la «psiquis» del animal. Depende de su «carácter». Unos, necesitarán esos estimulantes para sentirse irritados y belicosos, y sin ellos se mostrarían pacíficos y apocados. Otros, en cambio, tranquilos y valientes en la normalidad de su vida, se tornarían, ante tanto ruido y tanta anormalidad, asustadizos y sin voluntad, aterrorizados y huyendo de todo.

Siempre he creído en ello. Pero mi creencia se ha hecho más fuerte, apoyada en la experiencia de varios años. Por haber nacido en pueblo de abolengo ganadero; por ser pariente y amigo y paisano de ganaderos, he presenciado casos y he oído contar otros, pruebas fehacientes que abonan mi manera de pensar. Son casos pintorescos —y creo que interesantes— que me propongo relatar ahora que no puede discutirse si fué mejor la chicuelina del jueves que la manolita del



domingo. Y entre nosotros ya en faena.

I

Para el día 23 de junio de 1912 había preparado la Empresa de la Plaza de Toros de Madrid una corrida que habían de torear Rafael el Gallo, Regaterín y Bombita III. Los toros —no importa de qué ganadería— llegaron a los prados de La Muñoza, entonces arreadados por la Empresa, el jueves anterior al domingo en que había de celebrarse la corrida. Pero a la Empresa, al verlos, se le



Bombita III

cayó el alma a los pies. Eran seis toros impresentables. (Impresentables para entonces, claro está. Hoy se hubieran lidiado.) El conflicto era grande. Faltaban tres días para el domingo. Sólo había una solución: traer otra corrida del pueblo cercano. El viernes llegó a Colmenar Viejo un aviso pidiendo

a toda prisa a los hermanos Aleas la corrida que tenían comprometida para unas fechas después. En contra de su voluntad, porque los toros no estaban todavía, a su juicio, puestos para Madrid —entonces los ganaderos se paraban en estas minucias—, los hermanos Aleas accedieron a los deseos de la Empresa madrileña, por evitarla un conflicto. Váyase por los conflictos que los ganaderos crean ahora a las Empresas. Pero ya hemos quedado en que eran otros tiempos.

En fin: los toros salieron a pie, de Colmenar, el sábado. No se había generalizado aún el uso de cajones para los traslados. Llevado yo de mi afición, salí en la conducción, dispuesto —como

así lo hice — a acompañar a los toros durante unos kilómetros.

Apenas salimos de la finca donde la corrida pastaba «a mesa y mantel», observé que uno de los toros se iba quedando retrasado, como si le costase trabajo seguir el paso de sus compañeros. Era un toro retinto oscuro, largo, alto de agujas y con bastantes pitones; quizá el de más hueso de los seis, pero el único sacudido de carnes de aquella corrida gorda. Esto: sus pocas carnes, su aspecto cansino, su mirada triste y aquel su rezagarse del encierro me chocaron, y así se lo hice notar al ganadero, que coincidió en mis sospechas de que aquel toro —Chovito— estuviese enfermo. Tuvo un momento en que se dejó rebazar por los últimos bueyes, y llegó a emparejarse con mi caballo blanco. Era una vecindad no muy agradable; pero su apariencia tranquila y enfermiza más daba lástima que miedo. Tanto se acercó al lado derecho de mi caballo blanco, que más de una vez llegó a tocar su corpachón con mi pierna, como apoyándose o buscando protección, y tuve que

empujarle con el estribo para que se apartase. El toro, al sentir el golpe de estribo, iniciaba un trocillo tristón y se metía en el grueso del grupo bovino; pero, a poco, volvía a rezagarse, emparejarse y apoyarse, hasta que otro suave estribazo volvía a hacerle trotar de mala gana. A los tres o cuatro kilómetros me separé de la conducción. Supe que los vaqueros tuvieron que seguir pendientes del Chovito durante todo el viaje, hasta La Muñoza, para que no se les quedase en el camino.

El domingo, día de la corrida, fui al apartado. El Chovito era el verdadero apartado. Apartado de sus hermanos, en el último rincón del corral, indiferente a todo lo que le rodeaba.

Y a comer. Estábamos preocupados con aquel toro. Enfermo, débil, amparándose en un caballo, ¿qué pelea iba a hacer con los picadores?

En el sorteo le había correspondido romper plaza. Sajieron las cuadrillas; sonó el clarín, y la puerta del toril se abrió. Pero antes, mirando yo a la tanda de piqueros —entonces se situaban en el ruedo antes de la salida del toro—, vi que uno de los de la tanda montaba un caballo blanco. ¡Blanco, como el mío! Un caballo blanco, como el caballo amigo del Chovito, en el que el toro enfermo se amparaba el día anterior. Y salió el toro. No he de reseñar su lidia. Baste decir que peleó con enorme bravura y fiereza, arrancándose de largo a los picadores, recargando y derribando, a pesar de su escaso poder, a fuerza de empujar. Lo que interesa señalar es que, entre las varas que tomó, hubo una inolvidable. El toro se vió ante el caballo blanco; ante un caballo del mismo color que el que tenía otro caballo al que el día anterior, no sólo no se arrancaba, sino que se hermanaba con él, refugiando en él su debilidad enferma. Se arrancó Chovito como un rayo al caballo blanco del picador; le enganchó, le levantó, le llevó hasta las tablas, donde le derribó; le hizo girar, quedando el toro por los terrenos de dentro y el caballo por los de fuera, y tirándole cornadas sin cesar, le volteaba y revolcaba, y mientras le llevaba por delante, le fué quitando, con sus fieros hachazos, bocado, montura, pañuelo, hasta dejarle desnudo.

Y allí, en los medios, completamente a pelo, quedó, acribillado a cornadas, aquel caballo blanco.

Y aquí de mis dudas. ¿Hubiera hecho Chovito la misma pelea el día anterior, cuando, en vez de odio, tenía cariño a los caballos blancos? ¿Estaba, en efecto, enfermo el sábado y sano ya el domingo? ¿Estuvo sano los dos días? ¿Seguía enfermo el domingo y fué su enfermedad precisamente la que le hizo pelear como peleó? En todo caso, ¿por qué se mostró tan distinto en dos días seguidos? De un día a otro, ¿qué fué lo que le hizo cambiar de modo de «pensar»?

ADOLFO BOLLAIN

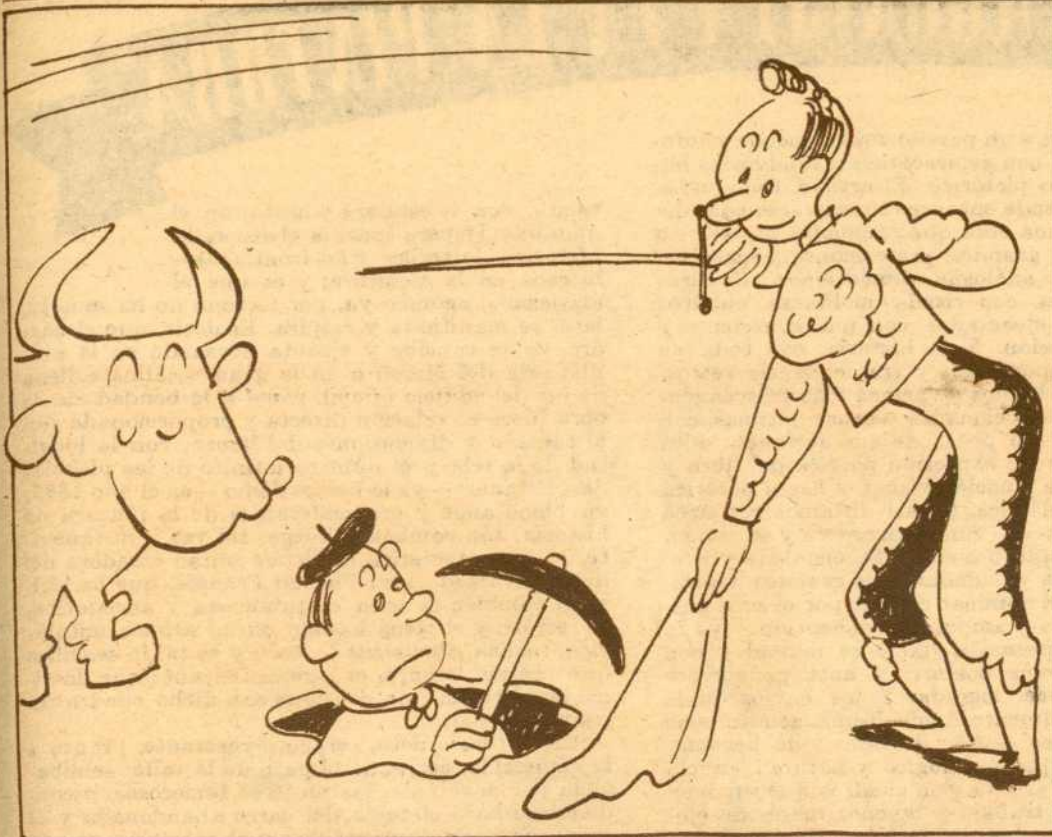
# ACEYTE YNGLES

PARASITO QUE TOCA... ¡MUERTO ES!

C. S. 150



# 4 CHISTES TAURINOS DE GALINDO, 4



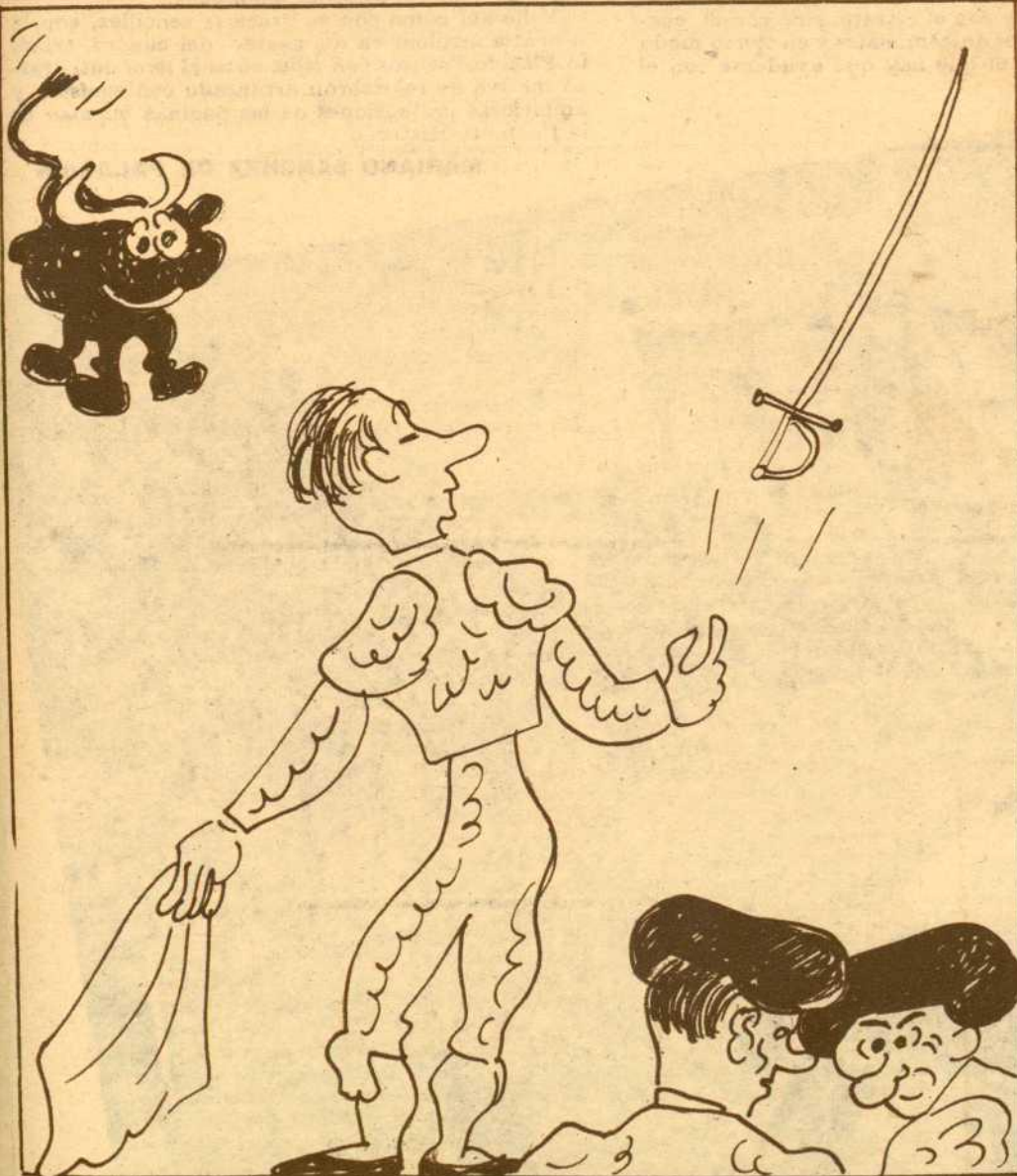
LA SUERTE SUPREMA

—Haga el favor de separarse un poquito. Estamos buscando una cañería averiada.



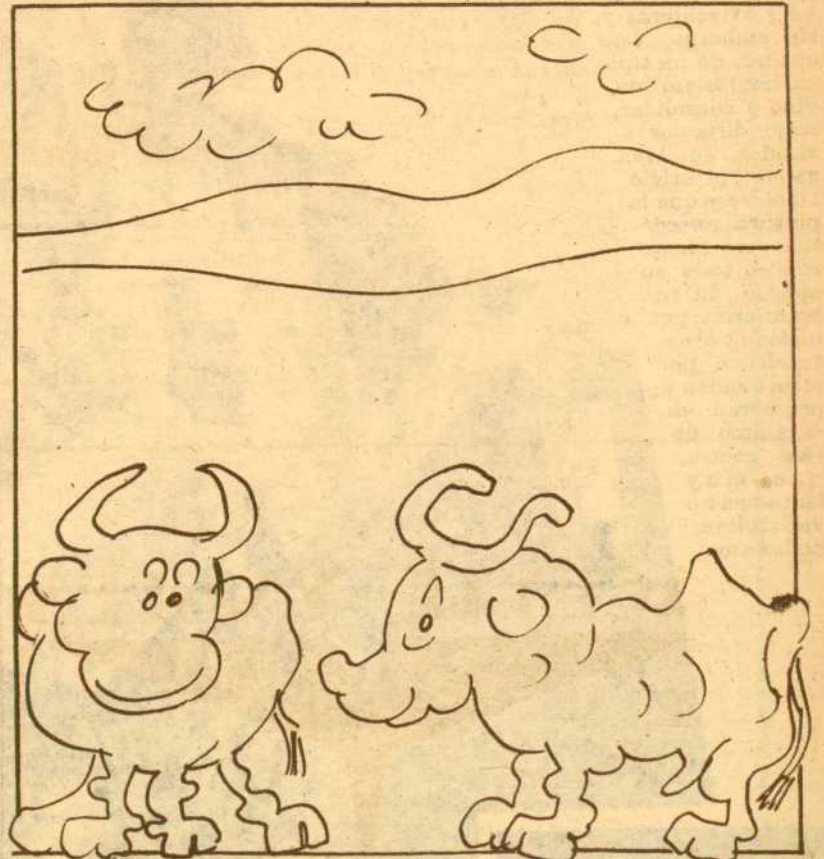
TORERO HERIDO

—Me duelen los brazos, me duelen las piernas, me duele la espalda.  
—Ha sido una cogida folklórica, le duele en todas las regiones.



ATRACCION

—Es que en el tendido hay una morena que tiene imán en los ojos.



TOROS

—¿Por qué los de tu ganadería tenéis así los cuernos?  
—Porque el dueño tiene una fábrica de bicicletas.



# EL ARTE Y LOS TOROS

## EL TORO COMO PROTAGONISTA EN LA PINTURA

No siempre el toro, con su magnífica prestancia, tuvo en la pintura una actuación pura y exclusivamente encajada en el ambiente de la lidia, en el brillante espectáculo o fiesta nacional de las corridas. Muchos pintores, prendados de la majestad y elegancia de sus líneas, de su maravilloso empaque, lo buscaron como tema, modelo indispensable de sus cuadros, unas veces por la belleza de su estampa, de su silueta destacándose en el fondo de un tranquilo y bucólico paisaje —tal como lo reprodujera Giménez Hernández—, o bien por las consecuencias, efectos o derivaciones que su presencia pueda producir —ejemplo: *¡Se agüé la fiesta!*, de Enrique Mérida—, o como motivo premeditadamente buscado de cierto pintoresquismo regionalista, ciertas costumbres camperas de Andalucía, cual las captara, con el toro y la dehesa de protagonista, Joaquín Díez y Villamil.

Cuando, el año 1887, Plácido Francés presenta en la Exposición Nacional de Bellas Artes, solemnidad auténtica del año artístico, su cuadro *¡Que viene el toro!*, tanto el público como la crítica elogiaron sin reservas la gracia y simpatía del asunto, lo pintoresco y atrayente del tema, que, unido a la bondad y a la maestría de la técnica, hicieron, no sin razón, del lienzo el motivo de todos los comentarios. No era el único cuadro presentado al concurso que abordaba de una forma u otra el tema taurino propiamente dicho y, sin embargo, la otra tenía tal fuerza de expresión, era tan gracioso y ameno de idea, con tanta verosimilitud y justeza se había reflejado la situación y los personajes, que «las miradas todas de la gente», como decía un cronista y crítico notable de la época, se detenían mimosas y expectantes en él, celebrando la graciosa ocurrencia e inventiva del autor. Gozaba ya de un justo y merecido prestigio Plácido Francés. Había concurrido a multitud de importantes Exposiciones nacionales y extranjeras y, sin embargo, este cuadro, de un típico impresionismo, vino a consolidar, mejor diríamos revalidar, su bien ganado prestigio. Obsérvese que la pintura anecdótica está a la sazón en todo su apogeo. El romanticismo por un lado y el naturalismo por otro, cunden y prosperan en el ánimo de las gentes, que muy lentamente van soltando las ama-

rras que le unían a un pasado más o menos confuso y turbulento, con aspiraciones o tendencias hacia un «snobismo» pictórico. El artista, todo artista quiere o pretende entonces consagrarse con una sola obra, con una obra que responda, no sólo a determinadas y grandes pretensiones conceptuistas, sino de análogas dimensiones. Cuadros grandes, enormes, con rizadas molduras, cuadros ya concebidos y ejecutados con una conciencia y ambiciosa pretensión. Y la historia, con toda su ampulosidad, importancia y trascendencia retrospectiva, con sus hechos de armas más trascendentales o las más emocionadas escenas íntimas, con sus personajes y no pocas de sus acciones, salta de la fría y desnuda expresión poética del libro y de la leyenda a la emoción visual y hasta patética del lienzo, a la plástica, y casi diríamos corpórea realidad óptica, y así cunde, prospera y se extiende un género de pintura efectista, engolada y pretenciosa, llena de vanidades y de grandes aspiraciones, que quiere dominar el arte, por el arte mismo de su afectada y ampulosa concepción —ya lo hemos dicho—, premeditadamente museal y con pretensiones de una posteridad anticipadamente sentida y al parecer lograda. Y los envíos desde París, y principalmente desde Roma, acusan esas grandes apetencias —afán de fama y de hegemonía artística—, que son lógico y natural anhelo vanidoso de todo artista. Son cuadros que suponen muchas horas de trabajo y muchos meses de ejecución, mucho cambio de modelo. ¡Oh, la Historia! No se concibe por entonces el cuadro de reducidas dimensiones fuera del boceto o del lienzo de particular encargo, aquel que no ha de pasar por el público y severo juicio de las Exposiciones. No se aspira, o por lo menos no se confía triunfar con la nota sencilla, con la obra al parecer intrascendente, con el paisaje y con el retrato, sino con el cuadro de proporciones descomunales y en cierto modo gigantescas, para el que hay que ayudarse con el

tiento, con la escalera y hasta con el andamio. Impera todavía el decorado pictórico de techos y los frontis mármoreos en la escultura; y es que el clasicismo, agónico ya, por fortuna no ha muerto, late, se manifiesta y respira. Es decir, que el cuadro ya se concibe y ejecuta pensando en la amplia sala del Museo o en la gran escalinata llena de luz del edificio oficial, como si la bondad de la obra fuera en relación directa y proporcionada con el tamaño y dimensiones del lienzo, con la longitud de la tela y el número infinito de las pinceladas. Estamos —ya lo hemos dicho— en el año 1887, en pleno auge y preponderancia de la pintura de historia, tan combatida luego, tal vez injustamente, y que caracteriza la última mitad creadora del decorativo siglo XIX. Plácido Francés, que ha pulso también la nota costumbrista y anecdótica, el retrato y el tema basado en un asunto mitológico, realiza *¡Que viene el toro!*, y es tal la sencillez que preside la obra, el ingenuo encanto que domina en el tema, que consigue con dicho cuadro un resonante éxito.

Allí el toro quieto, sereno, expectante, pronto a la embestida, cerrando el paso de la calle semibañada por el sol; allí, las mujeres temerosas, escondiéndose bajo el toldo del carro abandonado y el cura que huye despavorido, y el cobardón que se ocultó en la pila de la fuente, y entre tanto temor, tanto susto y sobresalto, el valiente, el presumido que avanza retando a la res, cual si intentara, en un gesto de arrojo toreril, poner un par de banderillas, demostrando a la gente que le observa que aun hay muchos diestros anónimos...

Y he ahí cómo con su graciosa sencillez, con la simpatía arrolladora del asunto del cuadro, triunfó Plácido Francés con *¡Que viene el toro!* entre tanto motivo de relumbrón arrancado con egoístas y ambiciosas pretensiones de las páginas mismas de la flamante Historia...

MARIANO SANCHEZ DE PALACIOS



«¡Que viene el toro!» Cuadro de Plácido Francés, lleno de simpatía, de gracia y sencillez, en el que el toro sirve de motivo y de protagonista





Los «monos» al quite



El pelo de los toros: Negro zaino

